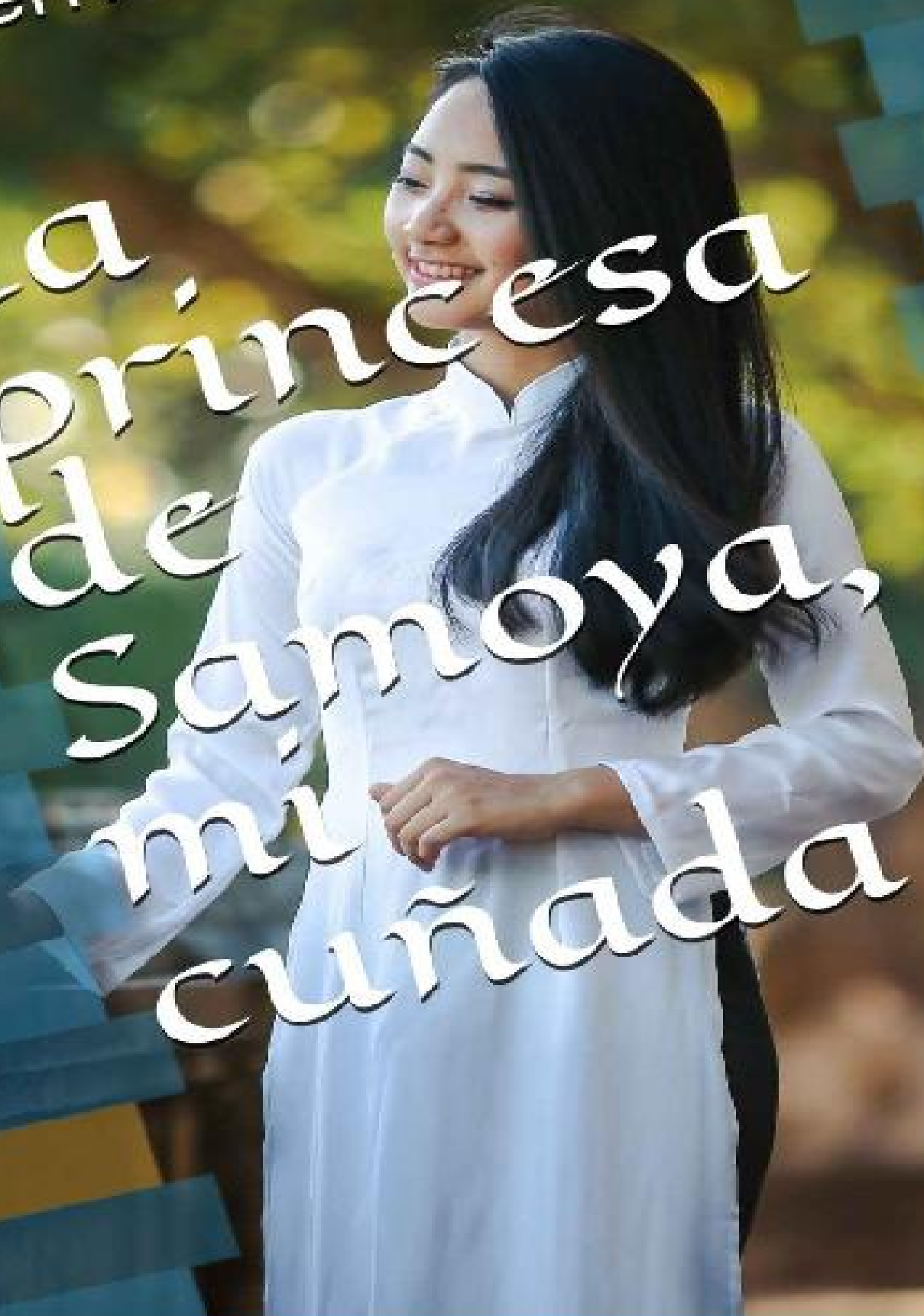


Fernando Neira (GOLFO)

La
princesa
de
Samoya,
mi
cuñada



La princesa de Samoya, mi cuñada.

Fernando Neira (GOLFO)

LA PRINCESA DE SAMOYA, MI CUÑADA

© L.F.S.B.

Editado por sexomio.com

FOTO PORTADA POR MINI NGUYEN BY PEXELS

Impreso en España 2018

Internet:

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización del propietario del copyright, bajo las sanciones previstas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y su distribución.

ÍNDICE

[Introducción.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Fin](#)

INTRODUCCIÓN.

Antes de contaros como terminé entre las piernas de mi cuñada, debo empezar por cómo llegó a mi vida esa mujer. Nací en una familia de clase media madrileña, normal y corriente, de esas que, aunque vivían bien, al llegar a fin de mes sufrían estrecheces. Nada importante pero mis padres no pudieron darnos ningún lujo ni a mí ni a mi hermano. Todo el dinero sobrante lo dedicaron a nuestra educación, de forma que cuando murieron no dejaron dinero pero si nos legaron una formación de primer nivel.

Yo era el hermano mayor porque nací quince minutos antes que Alberto y aunque no éramos gemelos sino mellizos, nuestro parecido era notable. Ambos fuimos buenos estudiantes y acabamos con nota dos carreras pero ahí terminan nuestras semejanzas, ya que por azares de la vida tomamos caminos muy diferentes.

Mientras yo me enfrascaba en conseguir un futuro profesional que me reportara dinero, mi hermanito como tenía grandes ideales se fue a Asia a trabajar con una ONG. Siempre me había parecido que perdía el tiempo pero como estaba tan involucrado con su labor humanitaria y rara vez venía a España, tuve pocas oportunidades de comentárselo.

Creo que en los últimos diez años, le había visto únicamente tres veces y por eso, aunque le adoraba, mi hermano era un auténtico desconocido. Solo sabía que vivía en Samoya, un pequeño país del sudeste asiático, donde le consideraban un santo y poca cosa más. Ni siquiera me enteré cuando se casó y todavía no se lo perdono. Le importaban más esa pobre gente que su familia.

Siempre pensé que cambiaría y que algún día volvería a Madrid y trabajaría por su futuro pero el destino quiso que no fuera así:

Una mañana recibí una llamada de la embajada de ese país donde me informaron de su muerte hablando de la irreparable pérdida que había sufrido el pueblo samoyano. Tardé en asimilar lo que me decían y cuando reparé que ese cretino estaba hablando de Alberto, me encabroné:

«Soy yo quien ha perdido a mi único hermano», pensé maldiciendo no solo a la ONG sino a todo lo que me sonara a oriental.

Mientras mi corazón se rompía en mil pedazos, el burócrata siguió con

su perorata, narrando las virtudes del fallecido para terminar diciendo que el gobierno le había concedido una condecoración póstuma y que querían que yo la recogiese en su nombre. Por lo visto habían previsto un funeral en su honor donde iría hasta el presidente de ese remoto país y habían reservado un vuelo a mi nombre que saldría al día siguiente.

Aunque por mis poros exudaba odio por todo lo samoyano, comprendí que él había dado su vida por ese pueblo y por eso no pude negarme a honrar su memoria. Nada más colgar, fui a ver a mi socio y tras explicarle lo sucedido, le dije que iba a ausentarme durante una semana.

—Manuel, ¡no jodas! Tómate el tiempo que necesites.

Después de agradecerle su comprensión, invertí el resto de la jornada en cerrar asuntos y en ocuparme que en los que siguieran abiertos, alguien los tomara a su cargo, sin saber que, una semana después al volver a España, nada volvería a ser igual.

Triste y sin ganas, llegué esa noche a mi casa. Afortunadamente era soltero y por eso no tuve que aguantar que nadie que intentara compartir mi luto. Cabreado con Dios, con los ángeles y con cualquier ser celestial, cené y me fui a la cama. Como imaginareis, dormí fatal. Me reconcomía el no haber hecho más por ver a Alberto y sabiéndome sólo en el mundo, lloré mis penas.

Al llegar al aeropuerto, me esperaban un puto amarillo y una zorra de su mismo color que, al verme, dieron grandes y ostentosas muestras de dolor. Reconozco que no les hice ni puñetero caso pero ni siquiera se enfadaron porque debieron pensar que seguía en shock y servicialmente me llevaron al área de autoridades.

Esa fue la primera vez que comprendí la enorme labor que mi hermano había desarrollado porque ese salón estaba destinado a altos cargos de gobierno. Aturdido por el descubrimiento, no me extrañó que al subir al avión, la oriental me acompañara y tras sentarse a mi lado en un asiento de primera, me dijera que iría conmigo a Samoya como traductora.

Al protestar diciéndole que no era necesario, sonrió y con gran ceremonial, me contestó:

—Su hermano es un héroe en mi país. Dio su vida por la justicia y mi gobierno ha considerado que es nuestro deber facilitarle las cosas.

Me callé lo que opinaba de sus putos gobernantes y viendo que no me quedaba más remedio que aguantar su compañía, intenté dormir. La que si lo consiguió fue Loung. Ajena a mi escrutinio, la joven se acomodó encogiendo sus piernas sobre su asiento de manera inconsciente. Su dormitar me permitió observarla con detenimiento. Parecía recién salida de la adolescencia, su pecho todavía no se había desarrollado por completo pero aun así tuve que reconocer que la chavala estaba para mojar pan. Dueña de unos muslos atléticos y de una estrecha cintura lo que realmente me puso bruto fue que gracias a la forzada postura que había adoptado, su falda se le había descolocado, dejando al descubierto tanto el coqueto tanga como el maravilloso trasero que inútilmente trataba de tapar.

«Menudo culo», pensé mientras mi mente luchaba contra la excitación.

En un momento dado, la samoyana se dio la vuelta y entonces mi calentura se vio incrementada exponencialmente al comprobar que se le había desabrochado la camisa y descubrir que nada me impedía contemplar su pecho. Pequeños pero duros, sus senos estaban decorados por dos pequeños pezones de color rosa que me confirmaron su juventud.

Cabreado conmigo mismo, traté de apartar la mirada pero una y otra vez

mis ojos volvieron a caer en la tentación hasta que también desde debajo de mi calzoncillo, mi pene exigió que le hiciera caso. Reconozco que estuve a punto de pajearme con ella y que incluso cogí una manta para taparme, pero justo cuando ya iba a sacarme la polla, ella se despertó.

Al abrir los ojos y notar que se le había abierto la blusa, se puso colorada pero entonces también se percató que mi entrepierna estaba extrañamente abultada y poniendo cara de fulana, me preguntó:

—¿Necesita algo de mí?

Fingiendo una tranquilidad que no sentía, le contesté que no pero ella pasando su mano por encima de mi bragueta insistió:

—¿Está seguro?

—Completamente— respondí de mala gana porque sus dedos habían aferrado ya mi extensión y sin cortarse por el resto del pasaje, esa morenita se disponía relajar mi tensión.

Poniendo un puchero, me susurró:

—Me han ordenado que honre al hermano de nuestro benefactor y le aseguro que la idea me resulta muy agradable.

Viéndolo con perspectiva y ya pasado un tiempo, confieso que fui injusto con ella y que si esa chavala no me hubiese recordado el motivo del viaje y quien eran sus jefes, le hubiese dejado proseguir pero fui incapaz y retirándola violentamente a su asiento, le exigí que me dejara en paz. Durante el resto del viaje, Loung se dedicó a tratar de intimar conmigo pero se topó contra una pared, consiguiendo únicamente algunos monosílabos como respuesta.

Ya en la capital de ese país, una enorme limusina de origen chino nos llevó hasta el lugar donde estaban velando a Alberto. Al ver la multitud que hacía cola para rendirle sus respetos, valoré en su justa medida el amor que esa gente sentía por su memoria y ya no pude seguir recriminando a mi hermano que hubiera perdido su vida por ellos.

Una vez en el velatorio, el ataúd con mi hermano estaba cerrado y al pedir que lo abrieran para darle mi último adiós, vi la cara de desconcierto de los empleados. Al preguntarle a mi intérprete que era lo que pasaba, Loung me llevó a un rincón y en voz baja me dijo:

—Aunque oficialmente su hermano murió de un ataque al corazón, fue asesinado por los enemigos de mi pueblo y no conviene destaparlo porque de

hacerlo se haría público.

—No comprendo y eso que importa ahora, Alberto está muerto y su labor terminada.

—No es así— respondió la oriental:— si el gentío se entera de que lo mataron, habría una espiral de sangre y sus asesinos habrían conseguido su objetivo: detener las reformas que nuestro gobierno ha emprendido y que su hermano defendía.

Asumiendo sus palabras, no insistí en ver su cadáver y arrodillándome frente a su féretro, recé por él. Desgraciadamente las sorpresas no acabaron allí porque llevaba media hora en ese lugar cuando reparé en una diminuta mujer que lloraba sin consuelo a mi lado. Supuse que debía ser alguien importante en la vida de Alberto, debido tanto a su dolor como al puesto de relevancia que le habían dado y por eso susurrando al oído a Loung, le pregunté quién era.

La chavala me miró y tras reponerse de mi pregunta, contestó:

—Es la esposa de su hermano, Sovann Norondom, su más fiel ayudante y como él, perseguida por los que se oponen a los cambios.

Alucinado por la noticia de que Alberto dejara una esposa, no supe que decir y sin saber cómo, me acerqué a esa mujer y cogiéndola de sus manos, la abracé. Las muestras de cariño no están bien vistas en público y por eso esa morenita se separó de mí y haciéndome una reverencia, me dijo una frase en samoyano que no entendí. Menos mal que Loung llegó en mi ayuda y traduciendo sus palabras, me soltó:

—Es un honor conocer al hermano de mi marido. Su recuerdo no morirá jamás mientras nuestro amor por él siga en nuestra memoria.

Entonces me di cuenta que se esperaba unas palabras mías y por eso en voz alta, respondí:

—Aunque pasen los años y los que le conocimos estemos muertos, sus obras seguirán aquí recordando su vida.

Al traducirlo la muchacha, los presentes asintieron y desde ese momento, me miraron con otros ojos. Quizás me vieron como la reencarnación de Alberto o lo que es más probable, creyeran que iba a continuar su misión. Los hechos que se desarrollaron a posteriori, hicieron inviable esa segunda interpretación aunque yo hubiese querido.

En ese momento, el general Kim hizo su aparición con todo su gobierno

y acercándose a mi lado, me saludó diciendo:

—En nombre del pueblo de Samoya, le ruego acepte esta medalla en nombre de Alberto Cifuentes, mártir de los pobres y precursor de la reforma agraria que mi gobierno ha aprobado.

Tras coger la condecoración de sus manos, se sentó a mi lado y dio comienzo el funeral. Durante una hora, fui testigo de una extraña ceremonia en un idioma desconocido y solo cuando ese militar se despidió de mí, comprendí que había finalizado. Aturdido por las muestras de afecto, saludé uno a uno a los presentes mientras su viuda se quedaba en segundo plano. Al no conocer sus costumbres, pensé que eso era la norma y no le di mayor importancia hasta que, ya en el hotel, pregunté por ella a mi asistente mientras me tomaba una copa en el bar.

—Está despidiéndose de sus conocidos pero no se preocupe, mañana como está previsto la tendrá en el aeropuerto.

No me preguntéis porqué pero ese “la tendrá” me mosqueó y tratando de averiguar su real significado, le pregunté a Loung que quería decir. La mujer, tartamudeando, se disculpó diciendo que creía que yo sabía que, para evitar incidentes, Sovann nos acompañaría en nuestro viaje.

—No entiendo— exclamé:— Me estás diciendo que esa mujer viene a Madrid.

Muerta de vergüenza y sin ser capaz de mirarme a los ojos, respondió:

—Así lo ha determinado el presidente. No quiere que su viuda sea un objetivo de los enemigos del estado y ha decidido que Usted se haga cargo de ella.

—¿La está exiliando?

—No pero, por su seguridad, cree que es mejor que no vuelva jamás a pisar nuestra tierra.

Helado, comprendí que ese capullo que había concedido la medalla a mi hermano ante el público, en privado deseaba desembarazarse de esa mujer porque le resultaba un problema. Sintíendome una puta marioneta, ni me despedí de Loung y con paso firme, me encerré en mi habitación, lamentando mi suerte...

CAPÍTULO 2

Llevaba media hora viendo una película en el canal internacional cuando escuché que alguien tocaba a mi puerta. Al abrir me encontré de frente con mi intérprete que, pegándose un suave empujón, se metió en mi cuarto.

—¿Qué haces?— pregunté al ver que se quitaba un abrigo bajo el cual esa mujer solo llevaba ropa interior.

—¡Desobedecer órdenes!. Voy a hacer algo contrariando a mi rey. En el avión le mentí, tengo prohibido confraternizar. Usted es territorio vedado pero no he podido pensar en otra cosa desde que le vi excitado por mí— respondió mientras se desabrochaba el sujetador.

Me faltó tiempo para levantarla entre mis brazos y llevándola en volandas depositarla en mi cama. La interprete con sus manos, temblando por el deseo, consiguió quitarme la camisa, antes incluso de que yo terminara de bajarme los pantalones. Poseído por un deseo irrefrenable, me desnudé sin darme tiempo a pensar que es lo que estábamos haciendo.

Sus pequeños pechos eran una tentación demasiado fuerte para que no los estrujara con mis dedos mientras mi lengua recorría sus pezones, por eso lanzándome encima de ella, estaba mordiéndolos cuando sentí que Loung agarrando mi sexo, se lo colocaba en la entrada de su cueva. No le hicieron falta preparativos, llevaba un día excitado por lo que al descubrir la humedad de su sexo, sin contemplaciones, la penetré. Gritó sintiéndose llena, sus uñas se clavaron en mi espalda, y moviendo sus caderas, me pidió que la amara.

Lo que en un principio había sido brutal, de repente se convirtió en algo tierno, y disminuyendo el ritmo de mis embestidas, comencé a acariciarla y besarla. Aun con la diferencia de tamaño, esa asiática y yo estábamos hechos el uno para el otro, mi pene se acomodaba en su cueva como una mano en un guante, y nuestros cuerpos parecían fusionarse sobre las sábanas, mientras ella iba siendo poseída por el placer.

Loung con su metro sesenta de puro sexo resultó ser una mujer muy ardiente. La podía sentir licuándose entre mis piernas cada vez que mi extensión se introducía rellenando su vagina. Poco a poco, fui incrementando tanto el compás como la profundidad de mis estocadas, hasta convertirlo en vertiginoso.

Entonces y sin previo aviso, se aferró a los barrotes de mi cama, y gritando se corrió. La violencia de su orgasmo, y el modo en que vi retorcerse a su cuerpo, me excitaron aún más, y cogiendo sus pechos entre mis manos, me enganché a ellos y sin dejar de penetrarla, le exigí que siguiera.

Mis palabras surtieron el efecto deseado y reptando por el colchón, consiguió cerrar sus piernas teniéndome a mí dentro. La presión que sus músculos ejercieron en mi miembro y sus jadeos rogándome que me corriera, era algo nuevo para mí, y sin poder aguantar más exploté sembrando su interior. Todavía seguía derramándome cuando noté que se me unía y que con sus dientes mordía mi cuello al hacerlo. El dolor y el placer se sumaron y desplomado caí sobre ella, mientras le decía que la adoraba y Loung conseguía el primer clímax de la noche.

—¿Quieres seguir desobedeciendo órdenes?— dije en son de guasa mientras mis dedos se perdían en su pelo negro.

Mirándome sin levantar su cara de mi pecho, me respondió:

—Bobo, no sabe cómo necesitaba sentirme suya.

Increíblemente, después de un polvo, esa samoyana me seguía tratando de usted y respondiendo mentalmente a su pregunta: No, no lo sabía, pero también ella desconocía la propia necesidad que yo tenía de cariño. Esa mujer tenía todo lo que me resultaba enloquecedor. No era su cuerpo, ni su belleza, ni su simpatía, era todo y nada. Su olor, su piel, la manera tan sensual con la que andaba, todo me gustaba.

Estaba todavía pensando en eso, cuando noté como desprendiéndose de mi abrazo, se incorporaba y separando mis brazos, me decía:

—¡No se mueva! ¡Déjeme!

Con los brazos en cruz, la vi bajar por mi cuerpo, mientras sus dedos jugaban con mis vellos. Sabía lo que iba a pasar, y mi sexo anticipándose a su llegada, se desperezó irguiéndose sobre mi estómago. Delicadamente cogió mi extensión con su mano, y descubriendo mi glande, recorrió con su lengua todos sus pliegues antes de metérselo en la boca. Lo hizo de un modo tan lento y tan profundamente que pude advertir la tersura de sus labios deslizándose sobre mi piel, hasta que su garganta se abrió para recibirme en su interior.

Sus maniobras, desde mi puesto de observación, parecían a cámara lenta. Podía ver como sacaba mi sexo para volvérselo a embutir hasta el

fondo, mientras mantenía los ojos fijos en mí. Era como si esa mamada fuera lo más importante de su vida, como si su futuro dependiera del resultado de sus caricias y no quisiese fallar. Totalmente concentrada, y mientras me regalaba el fuego de su boca, sus manos se dedicaron a masajear mis testículos, quizás deseando que cuando expulsara mi simiente, no quedara resto dentro de ellos.

Fue como si unas descargas eléctricas que naciendo en mis pies, recorrieran todo mi cuerpo alcanzando mi cerebro, para terminar bajando y aglutinándose en mi entrepierna. Ello lo notó incluso antes que pasara y forzando su garganta como si de su sexo se tratara, metió hasta el fondo mi pene, justo cuando empecé a esparcir mi simiente. Lejos de retirarse, disfrutó cada una de mis oleadas, bebiéndoselas con fruición mientras cerraba sus labios para evitar que parte se desperdiciara. Insaciable, jaló de mi sexo, ordeñándome, hasta que, dejándolo limpio, se convenció que había sacado todo lo que era posible de su interior, entonces y sólo entonces paró y sonriendo me preguntó si me había gustado.

—Por supuesto— respondí extrañado del modo tan dulce que esa mujer me había hecho el amor.

Desgraciadamente, el cansancio y la tensión acumulada consiguieron vencerme y abrazado a esa burócrata infiel, me quedé dormido...

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, Loung me despertó con un beso. Creyendo que quería reanudar lo ocurrido, la abracé pero ella rehuyendo mis caricias y con lágrimas en los ojos, me informó:

—Don Manuel, nunca se repetirá. He cometido un error porque ahora me va a ser más difícil cumplir con mi deber porque cada vez que le mire, querré ser suya y sabré que es imposible.

—No te entiendo— respondí enojado— creí que habías disfrutado.

—Y disfruté pero a partir de hoy, habrá otra mujer en su casa— dijo mientras huía llorando de la habitación.

En ese instante, no la comprendí y creyendo que una vez en Madrid tendría oportunidad de repetir cuando esa joven estuviera lejos de Samoya, decidí no perseguirla por el hotel.

Al bajar al hall. Loung se había puesto la careta de burócrata y con gesto serio, me saludó.

—Su automóvil está listo para llevarle al aeropuerto. Me han informado que su cuñada ya nos está esperando en la sala de espera.

Ya había asumido que tendría que cargar con esa desconocida y comprendiendo que no era culpa suya, enfoqué todo mi odio contra su gobierno. Lo que no me esperaba fue que al llegar, mi cuñada estuviera escoltada por un par de policías y su actitud me hizo saber que no se iba de buen grado. Por eso, aprovechando que nos dejaron un minuto, a solas, le dije que no se preocupara porque yo me ocuparía de que no le faltara nada.

—Siento ser una carga— respondió casi llorando con un marcado acento:— como el único varón que considero de mi familia, le debo respeto y procuraré servirle en lo que pueda siempre que me permita seguir con la labor de su hermano desde España.

No comprendiendo el alcance de sus palabras, le recalqué que mi casa sería la suya y que por supuesto estaba que podría continuar la obra que Alberto había empezado. La viuda sonrió al oírme pero no dijo nada porque los agentes habían vuelto y temía que nos oyeran.

Su silencio me permitió observarla. Aunque la raza oriental no era especialmente de mi agrado, tuve reconocer que ese metro cincuenta

albergaba todo lo que un hombre puede soñar. Guapa y con un cuerpo proporcionado, su sonrisa era cautivante. A nadie que se fijara en ella le pasaría inadvertido que esa mujer era una belleza.

«Alberto tuvo siempre buen gusto», pensé al verla caminar con paso felino por los pasillos del aeropuerto y maldiciendo mis pensamientos, me recriminé por pensar que su viuda tenía un buen polvo.

Curiosamente, Loung se mantuvo a distancia mientras estábamos en suelo samoyano pero en cuanto se hubieron cerrado las puertas del avión, se arrodilló frente a ella y en su idioma, le soltó una parrafada que no entendí. Sovann al percatarse que no lo comprendía, le dijo:

—En español, el hermano de mi marido debe de enterarse quien soy.

Loung se disculpó y ya en castellano, repitió:

—Princesa, el gobierno actual no representa al pueblo. Considéreme su leal súbdita, juro dar mi vida por usted.

—Loung Sen, tu padre me hizo llegar tu deseo de servirme y en agradecimiento a su fidelidad, desde este momento te acepto como mi secretaria personal.

Entonces lo comprendí todo. El rey, su tío y el presidente se habían desecho de un miembro de la familia real discordante en silencio y sin armar revuelo, por eso tantas facilidades y tantos honores. Querían que su pueblo jamás supiera de su exilio. De esa forma, mandándola con su cuñado a Madrid, evitaban rumores y sobre todo manifestaciones de apoyo.

Escudriñando las conversaciones con mi hermano, recordé que Samoya era una monarquía electiva y que al morir el rey el consejo de sabios decidía su sustituto. Sentí un escalofrío al pensar que mi cuñada sin duda debía ser la favorita del pueblo y viendo la mala salud del actual monarca, la mandaban exiliada a la otra punta del globo.

Sin saber que decir ni que hacer, guardando un escrupuloso respeto pregunté:

—Su alteza, ¿cómo debo llamarla?

Luciendo una de sus mejores sonrisas, esa monada me contestó:

—¿Cuñada? ¿Sovann? Me da igual siempre que me tutees. Alberto ya me alertó de que su hermano mayor era un poco estirado.

Su respuesta me hizo reír y sin importar que Loung estuviera presente, le cogí la mano mientras le decía:

—Creo que seguiré llamándote Princesa.

—Como quieras, pero en España sonará raro que en la intimidad llames de esa forma a tu cuñada— y entornando los ojos dijo con picardía:— Pueden suponer que el cariño que te mostraré es de otra índole.

Aunque vi que Loung se enfadó por la ocurrencia, a mí su broma me hizo gracia y más animado me senté en mi asiento. Sovann y su secretaria aprovecharon las catorce horas del vuelo para establecer la estrategia de oposición que desarrollarían y antes de que me diera cuenta habían concertado una rueda de prensa en mi casa. Aunque reconozco que me abrumó todo aquello, decidí cumplir con la palabra dada y no dije nada de que usaran mi vivienda como su base. Aterrorizado porque no me cabía duda de que mi hermano había sido asesinado por ser el marido de esa disidente, traté de conciliar el sueño.

Desde que conocí a esas dos mujeres, mi vida se vio trastocada y prueba de ello fue que al llegar a Barajas, en la puerta del avión nos recibió un comandante de la Guardia Civil que tras una breve presentación, nos informó que desde el ministerio del interior le habían encomendado ser nuestro escolta en España.

—Comprendo que quieran proteger a la princesa pero ¿considera necesario una presencia permanente en mi casa? — protesté al oír que iba a haber apostados dos secretas en el jardín de mi chalet.

—Por supuesto— respondió el militar: —Tanto usted como la señora pueden ser objeto de un atentado y es mi misión evitarlo.

No tuve que ser un genio para entender que cada vez que saliera, un policía iría pegado a mis talones y lamentando mi pérdida independencia, me hundí en un mutismo incómodo del que solo salí cuando la viuda, me cogió de la mano y susurrándome al oído, me dijo:

—Lo siento. Sabré compensarte.

En ese instante, no supe el modo tan genuino con el que, transcurridos unas pocas horas, esa mujer cumpliría su promesa.

Asumiendo mi papel de comparsa, recogí mi maleta así como el nutrido equipaje de mi cuñada y sumisamente me subí en el automóvil que habían puesto a nuestra disposición mientras un policía se llevaba mi audi cargado con nuestra ropa. Al llegar al chalet, ya nos esperaban los agentes que iban a encargarse de nuestra protección y pidiendo permiso, empezaron a instalar

multitud de cámaras y otros artilugios que ni quise preguntar su objeto. Antes que me diera cuenta, me invadieron el garaje dejándolo prácticamente inutilizable, ya que habían decidido ubicar ahí la central desde espiarían todo lo que ocurriera en el perímetro.

Pero el colmo fue al entrar en “mi” despacho y encontrarme que Loung se lo había adjudicado y por eso, cabreado y arrepentido de haberle ofrecido mi casa, me fui a mi habitación. Tan enojado estaba que ni siquiera me quité los zapatos al tirarme en la cama para ver la televisión, pero ni siquiera mi alcoba fue un refugio porque a los cinco minutos de estar allí, llegó Sovann y al ver que no me había descalzado, dulcemente me regañó y me dijo:

—Manuel, necesito tu ayuda. ¿Dónde vamos a recibir a la prensa?

—Usa el salón del fondo, entre las sillas y los sofás puedes meter a más de treinta personas. Lo sé porque he hecho muchas fiestas y me consta que caben.

—Pero ¿no me vas acompañar?— musitó bajando sus pestañas— Cómo hermano de Alberto debes de estar a mi lado.

Su mirada de auxilio me desarmó y bajándome del colchón, me comprometí no solo a ayudarla a preparar el salón sino a servirle de apoyo durante la entrevista. En ese momento creí que mi presencia allí iba a ser testimonial pero en unas horas descubrí cuan equivocado estaba.

Aunque su secretaria llamó a unos compatriotas, el trabajo fue arduo y completamente agotado, a las tres decidí que basta y cogiendo a mi cuñada del brazo, le dije que tenía hambre y que la invitaba a comer.

—No tenemos tiempo para salir a comer. ¿Por qué no llamas para que nos traigan algo?

—Si te quieres quedar aquí es tu problema, Princesa, yo me voy.

Sin dar su brazo a torcer, me pidió que le trajera algo a la vuelta. Hundido en la miseria, dejé que un poli me llevara a un centro comercial y allí di rienda suelta a mi tensión poniéndome tibio en un mexicano. Al terminar pedí unos tacos vegetarianos para llevar y volví a mi antigua pacífica casa.

En la puerta, me esperaba mi cuñada de mal humor pero en cuanto me vio dulcificó su gesto y cogiendo la bolsa de la comida de mi mano, me dijo suavemente:

—Querido, me he tomado el atrevimiento de elegirte la ropa que debes

llevar durante la rueda de prensa— y anticipándome la sorpresa que me iba a llevar, me explicó: —Piensa que nuestras fotos serán vistas por mi pueblo y debes aparecer como merece tu rango.

—¿Mi rango?— exclamé.

—¡Sí! ¡Soy su princesa! Y como estoy bajo tu amparo, tú también debes aparecer ante sus ojos como miembro de la realeza.

Sin comprender su cultura, decidí seguirle la corriente pero al entrar en mi habitación y ver que sobre la cama un traje ceremonial de su país, me cagué en sus muertos. Hecho una furia, me duché con mi cabeza dando vueltas por el lío en el que me había metido. Una vez seco, me quedé mirado la puñetera vestimenta y sin saber por dónde empezar, llamé a Loung en mi ayuda.

La jodida chavala se rio al ver mi problema y sin quejarse, me ayudó a vestirme. Como comprenderéis ver a la mujer que me había tirado la noche anterior de rodillas frente a mí mientras me abrochaba el pantalón, me pareció muy morboso y presionando su cabeza contra mi sexo, le pregunté si no quería repetir:

—Don Manuel, no insista. Lo de anoche fue un error.

Más afectada de lo que sus palabras reflejaban, esa muchacha se dio prisa en terminar, tras lo cual, desapareció corriendo por las escaleras. Solo y alborotado, me miré en el espejo. Tardé en recobrar me al ver la imagen reflejada del grotesco individuo disfrazado de Marajah oriental que era yo. Es que no faltaba ni el dorado chuchillo que, en las novelas de Salgari, eran el símbolo del poder. Estuve a punto de mandar todo a la mierda cuando mi queridísima cuñada apareció por la puerta:

—Estás guapísimo— dijo y con lágrimas en sus ojos, exclamó llorando:—¡Cómo te pareces a mi marido! No es solo por tu altura, tienes el mismo porte regio del que me enamoré.

—¿Este traje es de mi hermano?— pregunté sin llegarme a creer que Alberto hubiera consentido en llevar esa cursilería.

—Sí, es con el que se casó conmigo.

Sentí urticaria al pensar que era su “smoking de boda” y por eso le pregunté si no tenía otro.

—Lo siento. Es el único con el suficiente empaque para la ocasión.

Ajeno a lo que se me avecinaba, me compadecí de su dolor y acepté

bajar vestido así. No os podéis imaginar la vergüenza que sentí al recibir a los periodistas de esa guisa y sentado en mi sillón mientras mi cuñada permanecía a mi lado con una mano apoyada en mi hombro.

Perdonad pero no os he contado que Sovann iba también con un vestido típico de su país de seda salvaje rosa y adornando su pelo, portaba una pequeña diadema en forma de corona. Los reporteros gráficos aprovecharon nuestro posado para hacernos multitud de fotos y solo cuando ya estaban todos, dio comienzo la rueda de prensa.

La princesa, mi cuñada, tomó la palabra y después de hacer una alabanza al rey y al mierda de su presidente, habló de la labor de su difunto marido y prometió que seguiría con más fuerza luchando por el bien de su pueblo. En su corto discurso, no reparó en críticas contra el actual gobierno y señaló las dificultades y penurias que sufrían los campesinos y pobres en su país.

Al terminar, me miró con complicidad pero no le devolví la mirada porque estaba encabronado de que hubiera loado a su tío, el monarca, el mismo que la había exiliado. En mi fuero interno, supe que era una cuestión política pero aun así me enojó su servilismo.

Hasta allí todo fue normal pero lo grave fueron las preguntas. El primero en preguntar fue un periodista de “El País” que obviando la presencia de mi cuñada, directamente me preguntó:

—Don Manuel, ¿es cierto que su hermano murió de un infarto o por el contrario fue asesinado?

Antes de responder, sentí la mano de mi cuñada apretando mi hombro, avisándome de que mantuviera la versión oficial.

—Que quede claro, Alberto Cifuentes murió como vivió, sirviendo al pueblo que lo acogió como suyo— respondí sin aclarar nada.

El reportero no se quedó satisfecho y repreguntó.

—¿De qué murió su hermano?

—Ya se lo he dicho, cuando el corazón de mi hermano dejó de latir, su alma seguía luchando por los pobres.

Viendo que no iba a sonsacarme ningún titular y menos le iba a confirmar el motivo de su fallecimiento, pasó el micrófono a otro periodista. Este empezó siendo más diplomático y dirigiéndose a mi cuñada, le inquirió sobre su permanencia en España.

—Tanto Manuel como yo, viviremos en este país mientras nuestro rey lo considere oportuno – y dando por terminada la respuesta, dijo: —Otra pregunta.

Me quedé de piedra cuando me incluyó a mí en sus planes pero empecé a sudar tinta cuando el mismo tipo le preguntó:

—Entonces ¿confirma la información de palacio?

—¿Cuál?— respondió Sovann con tono duro.

—Según el portavoz del rey, después del periodo de luto y siguiendo las costumbres de su pueblo, usted se casará con el hermano de su marido.

—Sí, es cierto. Aunque suene extraño bajo la óptica occidental, la familia real samoyana sigue a rajatabla el levirato y su gente así lo espera. Tanto Manuel como yo hemos jurado seguir la labor de Alberto y poner nuestras vidas al servicio de nuestro pueblo.

La cara que debí de poner debió ser un poema pero manteniendo el tipo, me quedé callado aunque en mi fuero interno, deseara estrangular con mis manos tanto a la princesa como a su secretaria.

No me habían hablado del “pequeño” detalle que según su cultura, si un marido moría sin hijos, su hermano estaba obligado a casarse con la viuda.

Como comprenderéis, el resto de la rueda de prensa me dio igual, solo deseaba que terminara para pedirle explicaciones a esas dos serpientes con forma de mujer. Desgraciadamente para mí, las preguntas se prolongaron durante una hora. Hora en la que mi teóricamente prometida se dedicó a esbozar las medidas que tomaría en el caso de ser nombrada reina sin citarlo. Estrictamente eran consejos para el actual rey pero ningún observador avisado dejaría de comprender que esa iba ser su línea de gobierno.

«¡Aunque sea una arpía, es inteligente!», tuve que reconocer al oírla.

Al terminar la rueda de prensa, todavía me tocó acompañar a la princesa hasta la puerta y ahí despedir a los medios. Nada más irse el último y como Loung había desaparecido, me encaré con la princesa y cogiéndola, le exigí explicaciones:

—¡Me haces daño!— protestó— Suéltame y podré explicarte.

Fue entonces cuando advertí que llevado por la ira le estaba retorciendo su brazo, avergonzado, la solté, momento que ella aprovechó para ir a mi despacho y sacar de su bolso una carta.

Tras depositarla en mis manos, me dijo:

—No te dije nada porque Alberto me aconsejó no hacerlo. Me habló de tu terquedad pero también de tu sentido del honor y que de llegar este momento, harías lo correcto. Si no me crees: ¡Lee el mensaje de mi marido!

Mirando el sobre que me había dado, reconocí la letra de mi hermano y urgido de explicaciones, la leí:

Manuel:

Si estás leyendo esto, significa que he muerto. Llevo temiendo un atentado dos años y por eso me he anticipado y te he escrito esta carta. Tómala como mi testamento. No dejo bienes, nunca me han importado, pero te dejó algo más importante que es una misión.

Como ya habrás descubierto que me he casado y que mi esposa es la princesa Sovann. Siento que te enteres así pero no te dije nada porque no quería ponerte en la mira de sus enemigos.

Nuestro matrimonio fue por amor pero no puedo olvidarme de que mi esposa representa el futuro de su pueblo. Solo ella será capaz de sacar de la edad media a su país y llevarlo al siglo xxi. Por eso, te pido que le ayudes aunque eso signifique tu sacrificio.

Sacrificio inevitable, porque ninguna mujer puede acceder al trono sin estar casada y el día que yo falte, serás tú el único con el que podrá hacerlo. ¿Recuerdas las veces que, de niños, nos intercambiábamos los papeles?. Te pido eso:

“Toma mi lugar”.

Un hermano que te adoraba en vida

Alberto.

Releí su carta un montón de veces porque me costaba creer que mi hermano estuviera de acuerdo con esa locura. Cuando hube asimilado sus palabras, me escandalicé al saber que de acuerdo con sus ideales una vida solo tenía sentido si se tenía una misión y que obviando mi opinión, me legaba la suya.

«¡Quién cojones se creía para joderme así!», maldije mientras me guardaba el papel en el bolsillo.

Sovann, que se había mantenido en silencio, me preguntó:

—¿Vas a cumplir su deseo? ¿Puedo considerar que seguirás su lucha?

Traicionando las bases de lo que había sido mi existencia hasta en ese

momento, no pude negar a mi hermano muerto ese último favor y por eso, indignado, respondí:

—Sí, pero no esperes que me meta entre tus piernas. Eres la viuda de mi hermano y aunque firmemos un papel, seguirás siéndolo.

La mujer sonrió y habiendo obtenido mi promesa, me dejó solo...

Me sentía una marioneta, un jodido muñeco sin voluntad que se movía siguiendo los designios de un titiritero. Mi destino estaba marcado y sabiendo que me sacrificaría por un pueblo que detestaba, salí de mi chalet y me fui a un bar a ahogar las penas. Pero ni siquiera pude hacer eso tranquilamente al tener a escasos metros la presencia del escolta encargado de protegerme.

—¡Mierda!— mascullé entre dientes apurando el whisky que me había pedido y volviendo a casa.

Al llegar como si fuera mi ama de llaves, Loung me recibió en la puerta. Tras preguntarle por la princesa, su secretaria me informó que se estaba cambiando para la cena.

—¿Cena?

—Sí, unos importantes miembros de la colonia samoyana en Madrid han preparado un convite para celebrar su compromiso.

Eso fue la gota que derramó el vaso. Le lancé una mirada de odio y subiendo los escalones de dos en dos, llegué a la habitación de invitados y sin llamar, abrí la puerta para encontrarme a Sovann totalmente desnuda, peinándose frente al espejo.

—Perdón— exclamé al verla de esa guisa y retrocediendo el camino, estaba a punto de irme cuando la escuché decir:

—No te vayas. Dime a qué has venido.

Sorprendido observé que poniéndose en pie, la viuda de mi hermano me miraba tranquilamente y sin importarle que la estuviera viendo en pelotas, esperaba mi respuesta. Respuesta que tardó en llegar porque olvidándome de quien era, mis ojos recorrieron su minúscula anatomía sin recato.

Era impresionantemente bella, dotada por la naturaleza de unos pechos adorables, en su cuerpo no había ni gota de grasa y para colmo, su delgada cintura hacía resaltar aún más su soberbio trasero. Juro que no fue mi intención pero no pude dejar de recrear mi mirada, observando tanto los negros pezones que decoraban sus senos como el recortado pubis que esa mujer lucía.

Sé que se dio cuenta de mi admiración y del modo tan poco filial con el que la miraba pero no se enfadó y poniendo una sonrisa en sus labios, me

volvió a preguntar que quería. Aturdido al sentir que bajo mi pantalón tenía un traidor que se había puesto duro, solo fui capaz de preguntar a qué hora y como debía de estar vestido para la cena.

Mi cuñada, entornando sus ojos, respondió:

—Querido, nos esperan a las nueve. Te he dejado un smoking en la cama— y poniendo cara de no haber roto un plato, preguntó: —¿Te parece que me recojas a las ocho y media?

Cómo me urgía huir de esas cuatro paredes, le contesté que me parecía bien y cobardemente, salí despavorido hacia mi cuarto. Nada más cerrar la puerta y tal y como iba vestido, me metí bajo la ducha pero ni siquiera el agua fría pudo calmar el calor que me abrasaba y maldiciendo mi falta de honor, liberé la tensión de mi entrepierna masturbándome mientras me imaginaba a esa pequeñita berreando entre mis brazos.

Mi mente, como si fuera una premonición, se llenó de imágenes de pasión donde la viuda de mi hermano se arrodillaba a mis pies y cogiendo mi pene entre sus labios, sellaba nuestro pacto anti natura. Reconozco que por mucho que intenté combatir el deseo, esa oriental y su diminuto cuerpo me habían calado hondo y derramando mi simiente sobre la ducha, me corrí pensando en ella.

Al vestirme, la vergüenza me golpeó con ferocidad y maldiciendo la lujuria que me había dominado, me juré que nunca más. Jamás volvería a mirar a mi cuñada como mujer y menos ahora que sabía que aunque solo fuera a los ojos del mundo Sovann sería mi esposa legal. Desgraciadamente, todas mis buenas intenciones cayeron en saco roto al verla salir. Enfundada en un traje negro totalmente ceñido `pero sin escote, ese demonio parecía un ser angelical. La arpía, modelándome, me preguntó que le parecía su vestido con el único propósito de molestarme.

—Estas bellísima— respondí— Pareces la reina mala, solo espero no estar presente cuando te conviertas en bruja.

Muerta de risa y en absoluto ofendida, me miró y señalando el enorme bulto de mi entrepierna, me respondió:

—Te equivocas, de ser un personaje de cuento sería Blanca Nieves y tú, el cazador. Eso que tienes ahí: ¿qué es? ¿El cuchillo con el que vas a matarme?

Me sonrojé al saber que se había percatado de mi excitación y

tapándome las vergüenzas, contesté con tono duro.

—Mi cuchillo nunca se clavará en tu cuerpo.

—Ya veremos— contestó soltando una carcajada, tras lo cual, haciendo a un lado mi humillación me cogió del brazo y alegremente, me sacó del chalet.

Ya en el coche, mi cabeza no dejó de dar vueltas al no comprender qué sentido tenía que esa mujer tonteara tan descaradamente con el hermano de su marido, cuando apenas llevaba siendo viuda una semana. Mirándola de reojo, me sorprendió ver que estaba llorando y sin apenarme de sus lágrimas de cocodrilo le pregunté el motivo.

—Me recuerdas a Alberto y aunque sé que es lo que él deseaba, por cumplir con mi deber siento que le estoy traicionando.

—Disculpa pero no te sigo.

Desconsolada, la mujer se abrazó a mí mientras me decía:

—No puedo ser tu esposa de pega, necesito un heredero que reine después de mí y por eso sé que debo seducirte, aunque opines que soy una puta.

Indignado pero sin ser ajeno a que esa mujer me trastornaba, me recriminé por no haberlo pensado: Las monarquías se perpetúan con hijos y si esa mujer estaba convencida de que iba a reinar, necesitaría tenerlos. La sola idea de que fuera mi simiente la que la preñara, me hizo abrir la puerta y vomitar. Mi reacción incrementó su llanto y olvidándose del chofer, me preguntó gritando:

—¿Tan vomitiva me encuentras?

Juro que no encuentro una explicación lógica a lo que hice pero, al oír su queja, la cogí entre mis brazos y la besé. Ella, tras la sorpresa inicial, respondió a mi caricia y pegándose a mí, dejó que mi lengua jugueteara con la suya mientras mis manos recorrían su cuerpo.

Esa fue la primera vez que palpé la firmeza de sus pechos y solo la imposibilidad física, de desnudarle el dorso, evitó que al igual que en un sueño me comiera sus pezones. Dejándose llevar por la calentura, me acarició por encima de la bragueta y eso rompió el encanto, al recordar a mi hermano.

Realmente no sé si fue ella o por el contrario yo, quien se separó pero lo cierto es que avergonzados y mirando cada uno por la ventanilla ni nos dirigimos la palabra durante el resto del trayecto. Ya en el hotel donde iba a

tener lugar el banquete y mientras se bajaba del automóvil, me dijo con dolor:
—Tenemos que respetar los tres meses de luto.

Dudando si su sufrimiento era por la traición o por sentirse atraída por mí, la seguí por las escaleras de entrada. Adoptando un aire regio, mi supuesta prometida me cogió del brazo y con paso firme entró en el salón. Supe que debía cumplir con mi papel de consorte e imitándola fui saludando uno a uno a los presentes. Aun acostumbrados al modo de vida occidental, esos miembros prominentes de la colonia nos hacían una genuflexión mientras le miraban con auténtica devoción.

«Es una autentica líder», pensé mientras la valoraba en silencio, «sabe que su pueblo la necesita y dará su vida por conseguirlo».

La velada discurrió con júbilo, sus súbditos mostraron alegría desbordante celebrando el compromiso de su princesa y tras tres horas de continuas felicitaciones, Sovann la dio por terminada diciéndome:

—Querido, estoy cansada, ¿podemos irnos?

Su voz me reveló que realmente estaba agotada y pasándole mi brazo por la cintura, la saqué del hotel. En el coche, mi cuñada apoyó su cabeza en mi pecho y se quedó dormida. Mientras volvíamos a casa, me la quedé observando y con el corazón encogido, comprendí que me atraía a lo bestia. Supe que no era lógico, que era inmoral, que me consumiría en el infierno pero me dio igual, prefería una condena eterna a defraudar a la mujer que tenía en mi regazo.

Al llegar, sin despertarla, la cogí entre mis brazos y con ella a cuestas, subí hacia su cuarto. Allí la deposité en la cama y tras quitarle los zapatos, la tapé y aprovechando que estaba traspuesta, le di un tierno beso en los labios.

Ya me marchaba, cuando la oí susurrar:

—Manuel, no te vayas. Necesito que me abracés.

Tumbándome a su lado, pasé mi brazo por su cuerpo y acercándola al mío, me quedé quieto. Ella al sentir mi caricia, se dio la vuelta y devolviéndome el beso, me dijo:

—La mejor forma de honrar a tu hermano es ser tu mujer— y sin esperar mi respuesta, me desabrochó los botones de mi camisa.

No pude rechazarla y menos cuando habiendo desnudado mi dorso, empezó a besarme el cuello mientras sus manos recorrían mi pecho. Lentamente la princesa fue tomando posesión de su reino, bajando por mi

pecho y concentrándose en mis pezones. Nunca creí sentir tanto placer con el mero hecho de que esa monada recogiera entre sus dientes mis areolas pero lo cierto es que cuando se puso a horcajadas sobre mí, mi pene ya lucía una dolorosa erección bajo mi pantalón.

Olvidándome de mis prejuicios, me terminé de desnudar, momento que mi cuñada aprovechó para sin quitarse el vestido, coger mi falo entre sus manos y apuntando a su sexo, empalarse con él. Me sorprendió no encontrarme con el obstáculo de sus bragas porque estaba seguro que no tuvo tiempo de habérselas quitado y por eso cuando la cabeza de mi glande chocó contra la pared de su vagina y antes que se pusiera a cabalgar, le pregunté si había salido sin ellas de casa:

—Sí— gimió— llevo cachonda toda la noche pensando que alguno de mis súbditos descubriera que no llevaba ropa interior.

—¡Serás Puta!— exclamé partido de risa.

—Sí, soy una puta. Fui la zorra de tu hermano y a partir de hoy, seré tu perra— gritó levantándose para acto seguido dejar que mi polla resbalara en su interior.

Su confesión lejos de calmar mi deseo, lo incrementó y desgarrando su ropa, la desnudé para por fin apoderarme de esos pechos que me había dejado alelado. Cogiendo sus negros pezones entre mis dientes, dejé que se empezara a mover. Sovann, gimiendo como una descosida, me pidió que no dejase de morderlos y retorciéndose con mi pene incrustado en su sexo, dio a sus movimientos un suave compás.

—Me encanta sentir tu plebeya polla en mi real coño— aulló muerta de risa mientras aceleraba sus caderas.

Busqué una respuesta acorde a su burrada y mientras le daba una sonora nalgada, le contesté:

—Pues yo siempre he deseado azotar el trasero de una princesa para luego cuando lo tenga calentito follármelo y así decir que le he dado por culo a la monarquía.

—Si prometes darme duro quizás la próxima semana te deje cumplir tu deseo.

Totalmente desbocado y soñando de veras en poseer ese pandero, le pregunté porque teníamos que esperar una semana:

—Querido, porque estoy en mis días fértiles y quiero quedarme

embarazada.

Escandalizado, exclamé:

—¿De qué hablas?

La mujer, sin dejar de bombear sobre mi pene, respondió:

—Piénsalo, es ideal. Si me quedo preñada, podemos hacer creer que es de Alberto y con un hijo en mi vientre, no tendrías que casarte conmigo. Ambos ganaríamos. Tú no tendrías que sacrificar tu vida y yo sería una reina viuda.

Ni siquiera me paré a pensar que era una solución inteligente y furioso, por el modo tan brutal con el que esa guarra me había manipulado, me deshice de su abrazo y mentándole la madre, salí huyendo de su habitación. Al llegar a mi cuarto, no me sentí a salvo de sus siniestras maniobras hasta que cerrando la puerta, me aislé.

«Menuda hija de perra», sentencié al recordar lo sucedido.

Esa puta me había seducido, no porque se sintiera atraída por mí sino porque vio en mi semen una escapatoria a la condena que para ella suponía las costumbres de su pueblo. Sin ser capaz de pensar coherentemente, decidí que si Sovann quería reinar tendría que humillarse a mis pies y aceptar ser mi mujer.

Todavía el día de hoy, no entiendo mi postura: yo no quería casarme y su país me la traía al paio y sé que fue mi orgullo de macho herido el que me obligó a enfrentarme a ella.

Esa noche, con un extraño frenesí, me masturbé soñando que esa princesita llegaba desnuda a mi cama, rogándome que la hiciera suya. En mi imaginación, me vi separando las nalgas de mi cuñada y sin esperar a relajar su esfínter, dándole por culo hasta que rendida de placer me imploraba que me casara con ella.

CAPÍTULO 5

No habían dado las ocho de la mañana, cuando escuché que se abría mi puerta y todavía somnoliento, observé a mi cuñada entrando con una bandeja con mi desayuno en mi cuarto. Haciéndome el dormido, cerré mis ojos creyendo que al verme roncando esa arpía volvería por donde había llegado, ya que no me apetecía hablar con ella. Lo que no me esperaba fue que dejando la bandeja sobre la mesa, esa puta acercara una silla a la cama y se sentara en ella.

—¡Cómo te pareces a tu hermano!— susurró sin querer, tras lo cual, la oí suspirar. Entreabriendo los ojos, descubrí que esa mujer, al suponer que seguía durmiendo, se había empezado a acariciar.

Vestida con un camisón que se transparentaba todo, observé que bajo la tela sus pezones se habían puesto duros con mirarme y a su dueña con las rodillas separadas mientras su mano toqueteaba con disimulo su sexo. Lo erótico de la situación hizo que bajo las sábanas mi pene se pusiera morcillón y totalmente espabilado, siguiera fingiendo sin perder detalle de los movimientos de mi cuñada.

Incapaz de retenerse, Sovann se sacó un pecho y cogiendo entre sus yemas la areola, lo empezó a pellizcar mientras con su otra mano separaba los pliegues de su vulva y en silencio daba inicio a una pausada masturbación. Sus dedos torturaron su ya inhiesto clítoris con rapidez como temiendo que el hombre que yacía a su lado se despertara. Poco a poco su calentura fue subiendo en intensidad hasta que con suaves gemidos, se dio la vuelta y posando su pecho sobre el asiento, levantó su culo y abriendo sus nalgas, se introdujo un dedo en su interior.

Reconozco que mi pene se puso como una roca al disfrutar, yo, de la visión de su ojete rosado a escasos centímetros de mi cara y solo el corte de que ella supiera que había estado atento mientras satisfacía sus necesidades, evitó que al verla correrse no me levantara y la tomara allí mismo.

Una vez había conseguido que su cuerpo disfrutara, la vi acomodarse el camisón y mientras salía de la habitación, escuché que me decía:

—Manuel, espero que te haya dejado tan caliente como tú me dejaste anoche. Ahora desayuna que, en una hora, me tienes que presentar a tu socio.

«¡Será guarra!», exclamé mentalmente al percatarme de que había sido objeto de su burla.

Mi cuñada se había masturbado frente a mí, consciente de que la observaba. Comprendí que lo había hecho como castigo a mi huida de la noche anterior pero, aun así, me sacó de las casillas la facilidad con la que esa princesita era capaz de manipularme.

Decidido a no dejarme vencer con tanta facilidad, me levanté y sirviéndome un café, me metí a duchar. Bajo el chorro y mientras el agua fría calmaba el ardor de mi entrepierna, planeé mi siguientes pasos convencido de que aunque ese engendro del demonio estuviera acostumbrado a ese tipo de conjuras palaciegas, le plantearía cara y saldría victorioso.

Mis nuevos ánimos me duraron poco porque al ir bajando por las escaleras, vi a Sergio charlando animadamente con mi cuñada y en sus ojos descubrí que estaba hipnotizado por sus encantos.

—¿Cómo estás colega?— dije coloquialmente tratando de que esa zorra supiera que ese hombre era ante todo mi amigo.

—Cabreado de enterarme por la prensa de que te casas— respondió sinceramente pero babeando y sin dejar de mirar a la puñetera princesa.

Aprovechando el momento, me acerqué a mi prometida y posé mis labios en los suyos mientras le acariciaba sin disimulo el culo:

—Ya sabes que siempre he tenido éxito con las chinitas— respondí conociendo el odio que los samoyanos sentían por ese país con el que tantas veces habían guerreado.

Mi dulce cuñadita absorbió mi insulto sin quejarse y luciendo la mejor de sus sonrisas, nos llevó al despacho y sentándose en “mi” sillón, dijo:

—Querido, debería explicarte un poco de historia pero no he citado a Sergio para eso. Por favor, siéntate.

Encantado de haber descubierto un punto flaco en ese témpano de hielo, me senté y simulando atención, la miré. Sovann esperó a que mi socio se acomodara en su asiento y poniendo gesto serio, soltó:

—Señores, ¡hablemos de negocios!— tras lo cual, profesionalmente, nos dio unos papeles y sin esperar a que los leyéramos, dijo: —Os acabo de entregar la lista de las empresas europeas con intereses en mi país, quiero que me concertéis una cita con todos ellos.

—¿Para qué?— protesté por lo que consideraba una injerencia en mis

asuntos.

Poniendo cara de inocente, mi prometida contestó:

—¿Tú que crees? ¡Para ganar dinero! Toda multinacional que quiera seguir trabajando en mi país cuando yo reine, deberá pasar por caja. Con mi ayuda, os haré inmensamente ricos y de esa forma, tanto tú como Sergio financiaréis mi asalto al poder.

—¿De cuánto estamos hablando?— preguntó mi socio interesado.

—Calculo que el primer año nos embolsaremos cien millones, menos los cincuenta que necesitaré, cada uno de vosotros ganará unos veinticinco.

De esa sencilla forma, esa puta se apropió de mi empresa. Como un virus, silenciosamente y sin hacer ruido, se iba apoderando de todo lo que era mío; primero fue mi hermano, luego mi casa y en ese momento, comprendí que al igual que la compañía que tanto me había costado levantar, yo también caería irremediabilmente en sus obsesivas garras. Si ya eso fue duro, más humillante fue oír a Sergio entusiasmado por el promisorio futuro que esa arpía nos ofrecía.

—Alteza, me pondré a ello— respondió y cuando ya se iba, dándose la vuelta, dijo: — Felicidades por la boda.

Sovann esperó a que mi amigo se fuera para soltar una carcajada:

—Como te prometí no seré una carga— y acercándose a mí, me susurró al oído: —¿Te ha gustado mi regalo?

Supe que se refería a mi extraño despertar y por eso, le grité:

—¿A qué coño juegas?

Mi cuñada, haciendo caso omiso a mi cabreo, se sentó en mis rodillas y posando su cara en mi pecho, me respondió dulcemente:

—Ya que no quieres dejarme embarazada, tengo que pensar en mi futuro y que mejor forma de hacerlo que convertir a mi futuro esposo en millonario. Tu hermano nunca quiso que nos aprovecháramos de mi puesto pero, como eres diferente, contigo no me hará falta disimular.

—¿Y tu pueblo? ¿Y tus ideales?— exclamé intrigado.

—Samoya necesita progresar y si llegó a ser su reina, me ocuparé de ello. Pero como comprobarás soy una mujer práctica y pienso hacerme una hucha por si no se cumplen mis deseos.

—Eres una zorra materialista— contesté pensando en lo engañado que

había estado mi mellizo con su mujercita.

Esta, llevando su mano a mi entrepierna y mientras se acomodaba sobre mí, se rio y dijo:

—Lo soy y después de hablar de dinero, ¡necesito follar!

Descojonado por su descaro, le arranqué la blusa y cogiendo un pezón entre mis dedos, lo acerqué a mi boca mientras le decía:

—Si mi chinita quiere follar, tendré que hacer el esfuerzo.

Mi dulce y desinteresada cuñada no pudo reprimir un gemido al sentir mi lengua jugueteando con su areola pero, antes de perder el control, me susurró:

—Como me vuelvas a llamar chinita, ¡te corto los huevos!

Sonreí al escucharla pero omitiendo mi respuesta, me concentré en las dos preciosidades que esa mujer ponía a mi disposición y mientras ella me bajaba la bragueta, me dediqué a mordisquearlas. Al pasar mi mano por debajo de su falda, descubrí que tampoco ese día llevaba bragas y cogiendo su trasero entre mis manos, apreté sus duras nalgas.

—Lo tienes enorme— protestó al intentarse introducir sin más mi falo.

Aunque estaba excitada, seguía teniendo el coño seco y apiadándome de ella la cogí entre mis brazos y depositándola sobre la mesa, le separé las piernas:

—Ten cuidado, todavía no estoy lubricada.

—Eso se puede arreglar— contesté mientras me quedaba extasiado al contemplar la belleza de su sexo y sin esperar su permiso, separé sus labios.

Mi princesa suspiró al sentir mi lengua aproximándose a su objetivo y como una cerda en celo, me rogó que me diera prisa. Acostumbrada a mandar, protestó cuando contrariando sus deseos me entretuve jugueteando con los bordes de su botón antes de conquistarlo y completamente cachonda, presionó con sus manos mi cabeza contra su entrepierna. Al percibir su calentura, decidí prolongar su sufrimiento y ralentizando mis maniobras, incrementé su angustia.

—Te lo ruego: ¡Fóllame!— gritó fuera de sí— ¡Me urge tenerte dentro!

Fue entonces cuando compitiendo con mi boca, sus dedos se apoderaron de su clítoris y se empezó a masturbar. Con mi meta ocupada, la penetré con la lengua y saboreando su flujo, percibí que estaba a punto de correrse.

Decidido a explotar sus flaquezas, pasé un dedo por su esfínter y lo empecé a relajar con suaves movimientos circulares.

Ella, al experimentar el triple estímulo, no resistió más y retorciéndose sobre el tablero, llegó al orgasmo dando tantos alaridos que temí que sus berridos llegaran a los oídos de los policías del garaje. La que sé que se enteró de todo fue Loung porque la vi observándonos desde la puerta con una mezcla de deseo y envidia en sus ojos.

—¡Me corro!— aulló como posesa, ajena a la intromisión de su secretaria.

Azuzando su deseo, terminé de introducirle mi dedo en su culo mientras usaba mi lengua para recoger parte del fruto que manaba de sus entrañas y digo parte, porque para el aquel entonces su sexo se había convertido en un ardiente geiser del que brotaba sin control su placer.

—¡No puede ser!— chilló al sentir que una a una sus defensas se iban desmoronando ante mi audaz ataque y temblando sobre la mesa, dejó un charco, señal clara del éxtasis que la tenía subyugada.

Metiendo y sacando mi lengua de su interior, conseguí una victoria aplastante y sólo cuando con lágrimas en los ojos me suplicó que la tomara, solo entonces, cogiendo mi pene entre las manos y mientras miraba de reojo a la otra mujer, forcé su entrada de un solo empujón. Ni siquiera me hizo falta moverme: Sovann al sentir su conducto ocupado y mi glande chocar contra el final de su vagina, volvió a correrse y clavando sus uñas en mis nalgas, me exigió que la follara.

—¿Te gusta mi chinita?— pregunté al sentir su flujo recorriendo mis piernas.

—Sííí, ¡Cabrón! Llámame como quieras pero ¡no dejes de follarme!— ladró convertida en perra.

No tardé en hacerle caso y dando a mis caderas una velocidad creciente, apuñalé sin descanso su sexo. La mujer respondió a cada incursión con un gemido, de forma que mi antiguo despacho se llenó de sus gritos y su fiel súbdita fue testigo de la claudicación de su princesa. Llorando la vi marchar.

—¡Dios! ¡No pares!— chilló mi cuñada absolutamente dominada por la lujuria.

La entrega que me demostró, rebasó en mucho mis previsiones y cuando le informé que estaba a punto de correrme, me pidió que no eyaculara

en su interior porque podía quedarse embarazada.

—¿No es eso lo que quieres?— pregunté pellizcándole un pezón.

—Si pero no ahora. Si me preñas antes de que nos casemos, no podré retenerte.

—Por eso no te preocupes. Aunque es reversible, ¡tengo la vasectomía hecha!— respondí soltando una carcajada mientras sembraba con mi inocuo semen su fértil sembrado...

Para los que no estén al tanto de mi vida, me permito presentarme. Soy Manuel Cifuentes, un empresario español que un día al morir mi hermano, descubrió su cuñada era una princesa oriental y al que los azares del destino, le jugaron una mala jugada. Debido a las leyes monárquicas samoyanas, si mi cuñada quería reinar, debía de casarse conmigo. Cuando me enteré, me enfadé pero de alguna forma esa preciosa mujer de diminuta estatura pero gran inteligencia consiguió involucrarme en esa locura y ahora estaba comprometido con ella.

Si ya eso es suficientemente extraño, más aún es que habiéndonos convertido en amantes, vivamos en la misma casa con su secretaria, Loung, una joven de su país. Antes de saber que en Samoya, se regían por el Levirato y que a toda mujer viuda y sin hijos se le exigía contraer matrimonio con el hermano de su marido, me acosté con ella y ahora cada vez que la veo rondando por la casa, deseo volverlo a hacer.

Celos y malas caras.

Desde que Loung nos pilló haciendo el amor en el despacho, evitaba mi compañía. Decidida a no fallar a su jefa, fruncía su ceño y se escabullía cada vez que yo llegaba. Su insistencia por evitarme solo conseguía incrementar el morbo que me causaba la idea de volvérmela a follar y por eso cada vez que podía, teniéndola presente, acariciaba a mi cuñada, la princesa.

Mi cuñada, ajena a los sentimientos de su secretaria, era de naturaleza fogosa, por no decir que era más puta que las gallinas o que le gustaba más el fornicar que a un niño un caramelo. Solo necesitaba sentir que le acariciaba el culo para que, dejando lo que estuviera haciendo, me pidiera que la tomara allí mismo. Sin importarle donde ni cuando, esa viuda siempre estaba sin bragas y dispuesta. La había poseído en casi todas las habitaciones de la casa y haciendo un recuento, me di cuenta que el único sitio en el que no me la había tirado, era en el cuarto que usaba su secretaria.

Decidido a subsanar ese error, acababa de llegar a comer un medio día, cuando me encontré a la princesa en mitad del pasillo y dándole un beso, la cogí entre mis brazos y sin darle tiempo a opinar, la tiré sobre la cama de Loung.

—¡Vienes bruto!— exclamó al ver que me desnudaba.

—Sí, cuñadita— respondí mientras me quitaba los pantalones.

Como me imaginé, al ver mi pene erecto esa mujer no se pudo aguantar y gateando hasta mí, me pidió que le dejara hacerme una mamada sin meditar donde estábamos. Conociendo a la mujer de mi hermano, me puse en dirección a la puerta y así, si Loung nos descubría, la zorra de mi cuñada no se enteraría.

Incrementando el deseo de Sovann, cogí mi sexo con una mano y meneándolo hacia arriba y hacia abajo, lo puse a escasos centímetros de su cara. Satisfecho, observé que la muy puta se relamía los labios y antes de metérsela en la boca, susurró con satisfacción:

—Me encanta lo cerdo que eres. Antes de conocerte, me tenía que masturbar a todas horas pero ya no me acuerdo de la última vez que lo hice.

De rodillas y sin parar de gemir, se fue introduciendo mi falo mientras sus dedos acariciaban mis huevos. De pie sobre la alfombra, vi como mi cuñada abría sus labios y con rapidez, engullía la mitad de mi rabo. Obsesivamente, sacó su lengua y recorriendo con ella la cabeza de mi glande, lo volvió a enterrar en su garganta.

No pude reprimir un gruñido de satisfacción al ver a su secretaria espionando desde la puerta y presionando la cabeza de la viuda, le ordené que se la tragara por completo.

Suprimiendo sus nauseas, Sovann obedeció y tomó en su interior toda mi verga. Como la experta mamadora que era, mi dulce y puta cuñada apretó sus labios, ralentizando mi penetración hasta que sintió que la punta de mi pene incursionó hasta el fondo de su garganta, iniciando entonces un mete saca delicioso que hizo brotar de mi boca un gemido.

—Qué rico la mamas, ¿no te gustaría que la estrecha de tu secretaria nos viera?— pregunté sin dejar de mirar a la susodicha.

Ignorando la presencia de la muchacha, mi princesa llevó una mano a su entrepierna y se empezó a masturbar mientras me contestaba:

—¡Se asustaría!— gritó muerta de risa —Esa zorrita debe ser frígida o lesbiana. ¿No te has dado cuenta de la forma en que te huye?

Mirando a la cara a su secretaria, insistí:

—Si quieres la seduzco y te la meto en la cama.

Ante la sorprendida joven, mi cuñada berreó y antes de proseguir con la mamada, me suplicó que lo intentara:

—Nunca he estado con una mujer pero enloquecería si esa monada me dejara comerle el coño mientras tú me follas— soltó antes de tragando saliva, volver a adorar mi miembro.

Reí al observar que Loung huía escandalizada y aprovechado su espantada, me concentré en mi cuñada. Levantándola del suelo, le quité el vestido y apoyándola sobre la cama, la penetré de un solo empujón. Sovann, aulló al sentir su conducto invadido pero no se apartó sino que imprimiendo a sus caderas una sensual agitación, me rogó que la siguiera tomando.

Cogiendo sus pechos y usándolos como agarré, clavé mi estoque sin pausa. Noté que la guarra estaba sobreexcitada por la facilidad con la que mi extensión entraba y salía de su sexo. Forzando su entrega, aceleré mis movimientos. La velocidad con la que mi pene la embistió fue tan brutal que, por la inercia, mis huevos rebotaron contra su clítoris una y otra vez, por eso no fue raro oír sus chillidos y que retorciéndose sobre las sábanas esa puta se corriera.

Dejándome llevar, eyaculé en su interior mientras mi mente planeaba el modo en que sometería a la otra fulana.

Agotado, me tumbé a su lado. Momento que la esposa de mi hermano aprovechó para subirse encima de mí y mientras intentaba reavivar la pasión, preguntarme con voz incrédula:

—¿De verdad no te importaría compartirme con Loung?

—No— respondí pellizcándole un pezón —Sería un placer darla por culo mientras ella te hace una mamada.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

Su insistencia me reveló que mis palabras habían despertado su lado lésbico y mientras mis dedos le pellizcaban un pezón, le prometí poner a esa monada en su cama.

—¿Cómo quieres que te ayude?— preguntó mientras se volvía a empalar con mi sexo.

—Desaparece esta tarde de casa. No sé si tendré que atarla pero esta noche cuando vuelvas, ¡cenarás conejo!

Mi promesa la desbordó y bramando sin control, buscó nuestro placer mientras se imaginaba saboreando el chocho de esa muchacha. Después de media hora y habiendo descargado mis huevos varias veces, decidimos comer y al entrar en el comedor, observamos que Loung estaba sentada en su sitio

con caras de pocos amigos.

Muerto de risa por saber lo que se le avecinaba a la pobre, me senté junto a ella y mientras charlaba tranquilamente con mi cuñada, la princesa, dejé mi mano sobre su pierna. La cría se puso roja e inmediatamente pero sin hacer aspavientos intentó retirar esos dedos que la estaban acariciando por debajo de la falda, pero por mucho que insistió, mis yemas siguieron recorriendo su piel.

Claramente asustada y temiendo en todo momento que su jefa se enterara, empezó a sudar sin saber qué hacer. Era evidente que no podía montar un escándalo pero si no actuaba era quizás peor y por eso tras mucho meditar, decidió callarse y aguantar el chaparrón.

A la zorra de mi cuñada no le había pasado inadvertida mi maniobra y disfrutando cada momento, continuamente le preguntaba por temas de trabajo y así hacerle aún más difícil el trance. Su inacción me dio alas y subiendo por sus muslos, mis dedos se fueron acercando a su sexo. Loung, en un vano intento por eludir lo inevitable, cerró las piernas pero no pudo impedir que levantándole la falda, mi mano se introdujera en su entrepierna.

Al contrario que su jefa, la jovencita usaba bragas y por eso antes de sortear ese último obstáculo, me entretuve acariciando su monte a través de la tela. Cuando sintió la primera caricia en su botón, me miró con odio pero no se movió. Sé que en su interior deseaba estrangularme pero su cuerpo la traicionó y abriendo el grifo, su vulva se encharcó mientras unas lágrimas de vergüenza intentaban aflorar en sus ojos.

No me compadecí de su suerte y separando su tanga, deslicé dos dedos por debajo y obviando el sufrimiento de esa niña, me apoderé de su clítoris. La vi estremecerse al experimentar el suave pellizco que le di e incrementando su angustia, la fui masturbando mientras al otro lado de la mesa, mi cuñada le decía:

—Loung, estoy muy preocupada por ti. Te veo pálida, ¿Te ocurre algo?

Sin poderle gritar que el cerdo de su prometido estaba abusando de ella, sonrió y con la voz entrecortada por el placer que yo le estaba imponiendo, respondió:

—No, princesa. Solo estoy cansada.

Y coincidiendo con sus palabras, introduje mis dedos en su coño, lo que terminó de asolar su última defensa. En silencio, la muchacha se corrió

dejando un charco bajo sus piernas. Por mucho que intentó que no se notara, fue evidente porque su cuerpo tembló inconscientemente mientras lo hacía.

Humillada y colérica, pidió permiso a su jefa para ausentarse y pegándome una patada por debajo de la mesa, nos dejó.

La princesa esperó un periodo razonable y cuando ya Loung no podía escucharla, soltando una carcajada, exclamó:

—No te follo ahora mismo porque te he prometido desaparecer, pero te juro que me ha puesto a mil ver como masturbabas a esa zorrita.

—¿Quieres probar su flujo?— contesté levantándome de la silla y metiendo mis dedos impregnados del aroma de la cría en su boca.

Mi cuñada lamió con desesperación mi mano, intentando absorber la esencia de la muchacha y antes que me diera cuenta, ya me había bajado la bragueta y quería repetir faena. Separándome de ella, le di un azote y descojonado le informé que tenía que irse y dejarme solo con nuestra víctima. Poniendo un puchero, dio un beso a mi polla y cogiendo su bolso, desapareció de la casa...

CAPÍTULO 7

Sabiendo que debía dar tiempo para que su indignación se convirtiera en odio, me fui al salón y me serví una copa. Planeando mis siguientes pasos, mi única pregunta era si tendría que forzarla o por el contrario, como fruta madura esa chavala caería en mis brazos. Fue la propia Loung, la que despejó mis dudas entrando en tromba en la habitación:

—¿La princesa?— preguntó nada más verme.

—Se ha ido— respondí sin mirarla y cogiendo un libro de la estantería.

La secretaria creyó que era el momento de pedirme cuentas y enfrentándose a mí, dijo:

—Es usted un degenerado— tras lo cual me lanzó una bofetada. Bofetada que no llegó a su destino porque previéndola, le agarré sus brazos inmovilizándola. —¡Suélteme!, ¡Maldito!— protestó intentando zafarse de mi abrazo.

Reteniéndola con dureza, la fui acercando a mi cuerpo y cuando ya la tenía pegada a mí, le agarré su cabeza y la besé. Loung quiso patearme e incluso pegarme, pero sus intentos resultaron infructuosos y forzando sus labios, metí mi lengua en su boca. Noté que la joven se debatía entre el deseo y el odio pero cuando comprendió que nada podía hacer, respondió con pasión a mi beso.

—¡Esto no está bien!— dijo con el último resquicio de fortaleza.

—Eso es mentira— contesté con voz dulce —Tú fuiste mi mujer antes que ella. ¿O no te acuerdas que te entregaste a mí?

—Si pero fue un error— gritó desolada al sentir que la empezaba a desnudar.

Cogiendo uno de sus senos entre mis manos, acerqué mi boca a su pezón y lo empecé a lamer mientras el sentido del deber de la secretaria se iba disolviendo. Al pasar al otro pecho, Loung no pudo evitar que de su garganta surgiera un gemido y pegando su sexo al mío, exclamó:

—Usted pertenece a la princesa. ¡Va a ser su marido!

—¡No te equivoques! Legalmente puede que sí, pero yo elijo con quién comparto mi cama y eres tú la que me trae loco.

El patriotismo y la lealtad que había jurado a su futura soberana, le hizo protestar y mientras presionaba su vulva contra mi pene, llorando me contestó:

—Sería traición.

Aprovechando que estábamos solos en la casa, la cogí entre mis brazos y subiendo por la escalera, la llevé al cuarto que compartía con la princesa. Una vez allí la deposité en la cama y tumbándome junto a ella, la empecé a acariciar mientras la desnudaba.

Su cuerpo me pareció todavía más atractivo que la primera vez. De piel más morena que su jefa, esa cría era el sumun de la belleza. De cuerpo enjuto, sus bonitos pechos cabían en mi boca pero lo mejor era que su breve cintura se expandía formando un espectacular trasero. Lentamente, le fui quitando el vestido y al bajarle las bragas, descubrí que por algún motivo esa muchacha se había depilado el coño después de haberla masturbado.

Separándole las rodillas, extasiado, me quedé contemplando su sexo con sorpresa. En ese instante supe que aunque fuera la última cosa que hiciera en mi vida, debía de saborear su coño y mientras me agachaba entre sus piernas, la oí decir avergonzada:

—Me depilé para usted.

Fue entonces cuando comprendí que el enfado de esa mujercita había sido un paripé y que antes de venir a recriminarme, ya había decidido ser otra vez mía. Disfrutando de su entrega, saqué mi lengua y jugueteando con su clítoris, saboreé su aroma a hembra necesitada. Ella al experimentar mi húmeda caricia, gimió y abriendo sus piernas de par en par, me dijo:

—Soy suya aunque eso signifique mi deshonra.

Recogiendo su turbación con mis dedos, la penetré mientras con mis dientes seguía dulcemente torturando su botón. La muchacha abducida por la pasión, me rogó que la tomara y al ver que sus ruegos caían en saco vacío porque seguía comiendo su entrepierna, con sus piernas me aprisionó y moviendo sus caderas, tiró de mí hacia ella.

Con absoluta maestría, Loung consiguió colocar mi miembro en su entrada y con una expresión de lujuria en su cara, insistió en que la follara. Haciéndola caso, paulatinamente fui penetrándola. La lentitud con la que mi pene se fue introduciendo en ese coño casi adolescente, me permitió disfrutar del roce de sus pliegues mientras mi extensión se iba abriendo camino.

Rememorando nuestra primera vez, en esta ocasión su conducto me pareció todavía más estrecho y no queriendo forzarla, al sentir que mi glande chocaba contra la pared de su vagina, esperé a que se acostumbrara.

—¡Fólleme!— aulló retorciéndose sobre las sábanas.

Decidido a que fuera lo más placentero posible, inicié un suave vaivén con mi cuerpo que poco a poco fue relajando su sexo. Sollozando de placer, la oriental me rogó que siguiera y mientras yo aceleraba mis movimientos, ella llevó las manos a su pecho y sin rubor se empezó a pellizcar.

En ese instante recordé la dulzura que me había mostrado en su país y queriendo devolvérsela, retiré sus dedos y los sustituí con mi boca. Al succionar sus pezones, la cría se volvió loca y retorciéndose sobre el colchón se corrió dando gritos, momento que aproveché para darle un suave mordisco en una de sus areolas.

—¡Me encanta!— chilló descompuesta y completamente subyugada por el placer que estaba asolando su cuerpo, me pidió que le mordiera un poco más fuerte.

Al incrementar la presión de mis dientes, Loung gritó como posesa y tiritando entre mis piernas, vi como su orgasmo se unía a otro sin pausa. Su entrega me informó de su gusto por el sexo duro y sin dejar de morder su pezón, le di un azote en el trasero. Nuevamente, mi amante aulló al sentir mi palma castigando su culo y sin esperar a que le soltara otro, dando un grito me exigió que se lo diera.

Dominado por la pasión, alterné las penetraciones con las nalgadas, de forma que mi habitación se llenó de gritos de sumisión desbordada mientras la tensión se iba acumulando en mi entrepierna.

—¡Soy su esclava!— exclamó al experimentar el enésimo éxtasis que asoló esa tarde su frágil cuerpo y con absoluta devoción, buscó mi placer abriendo y cerrando los músculos de su vagina.

La confirmación de su entrega fue el estímulo que necesitaba mis huevos para explotar, regando su interior con mi simiente y cogiéndola entre mis brazos, la penetré brutalmente, levantando y dejando caer su peso sobre mi estoque. Loung llorando de alegría, recibió mi esperma y tras comprobar que me había vaciado, se dejó caer sobre la cama.

Agotado, me tumbé a su lado y mientras trataba de descansar, la muchachita se abrazó a mí y poniendo su cara en mi pecho, empezó a

sollozar calladamente.

—¿Qué te ocurre?— pregunté al ver su sufrimiento.

La chavala secándose las lágrimas que recorrían sus mejillas, se incorporó y con su rostro lleno de angustia, me contestó:

—Don Manuel, ¿qué voy a hacer? He jurado lealtad a la princesa pero mi cuerpo es suyo y moriría si no me permitiera servirle.

Con cuidado, elegí mis palabras y tras editar unos instantes, le pregunté:

—Sé que has prometido dar tu vida por mi cuñada pero por otra parte, sabes que eres mía. ¿No es así?

—Sí— contestó antes de echarse a llorar.

Acariciando su pelo, la besé y calmándola, le dije:

—Ambas cosas no son incompatibles. Desde hoy, al igual que Sovann eres mi mujer y entre todos buscaremos una solución.

—No le entiendo— contestó con voz ilusionada.

—Seremos tres en esta cama. Como oíste desde la puerta, la princesa ya me ha dicho que le gustaría hacerte el amor y solo espero que a ti no te importe, corresponderle.

—Señor, me dejaría despellejar si eso supusiera que ser suya. No soy bisexual pero si usted me ordena que lo sea, lo seré— con una dulce y esperanzada sonrisa, respondió.

—Lo serás y yo disfrutaré con ello.

—Pues si ese es su deseo, dígale a la princesa que acepto ser de los dos.

—No, bonita— contesté soltando una carcajada – ¡Serás tú quien se lo diga!

CAPÍTULO 8

Sovann llegó poco antes de cenar. Como no tenía nada que hacer se dedicó a comprar media calle Serrano y así darme tiempo a que pudiera ejecutar nuestro plan. Al llegar a casa y ser yo quien le abría la puerta, creyó que había fallado y poniendo un puchero, me preguntó cómo había ido.

—Siento decirte que ya no tienes secretaria.

Recibió la noticia con pesar y dándome las cinco bolsas que traía, me pidió que le contase lo que había pasado. Decidido a putearla, la llevé hasta el salón y mientras le servía una copa, ella no dejó de interrogarme.

Cada vez más nerviosa, se puso a recriminarme que seguramente me había excedido y profundamente preocupada, me explicó que esa niña era hija de uno de los hombres más importantes de su país. Interiormente muerto de risa, dejé que se explayara y cuando hubo soltado todo lo que tenía dentro le dije:

—¡Me subestimas! Te he dicho que ya no tienes secretaria, no que haya fallado— y llamando a Loung, esperé que entrara en la habitación para rectificarle: —A partir de hoy, tienes una dulce amante. Será tu súbdita de día y nuestra mujer de noche.

Creo que mi cuñada no alcanzó a oír mis últimas palabras porque tenía suficiente con babear al ver que la cría llegó vestida únicamente con un transparente camisón y que al ponerse a su lado, la besó en los labios, diciendo:

—Alteza, espero que no le moleste que su prometido me haya convencido de ofrecerme a usted como su pareja.

Mi putísima cuñada no se esperaba semejante recibimiento y menos que aprovechando su turbación, me pusiera a su espalda y sin esperar a que reaccionara, le desabrochara la blusa poniendo sus pechos a disposición de la muchacha.

Esta, aleccionada por mí, no esperó su permiso y metiendo su cara entre los senos de su princesa, abrió la boca y empezó a mamar. Alucinada, vio la lengua de Loung recorriendo sus areolas mientras yo frotaba mi pene contra su culo. Nuestro doble ataque la desarmó y desnudándose ella misma, disfrutó de nuestras caricias. De pie y con las piernas abiertas, dejó que los besos de su empleada fueran bajando por su cuerpo pero cuando advirtió que

la muchacha se acercaba a su sexo, le entraron dudas.

—¡Déjala!— le dije al oído y para forzar su calentura, abriéndole las nalgas jugueteé con su trasero.

Completamente cachonda, cuando sintió la húmeda caricia de Loung en su vulva, pegó un chillido y presionando contra su pubis la cara de la niña, le rogó que continuara. Nuestra recién estrenada amante separó con sus dedos los pliegues de la princesa y con los dientes, se puso a mordisquear el botón de la mujer.

Mi cuñada que hasta ese instante no había disfrutado del amor carnal de una fémina, sintió que se le acumulaban las sensaciones y pegando un grito, se corrió. Sin saber que hacer al sentir el flujo en su boca, la chavala me miró pidiendo instrucciones:

—Tú sigue— ordené y mientras ella obedecía, metí mis dedos en el coño de Sovann, empapándolos bien, tras lo cual, los llevé hasta su esfínter y con movimientos circulares, lo fui relajando mientras su dueña no paraba de gozar.

La princesa vio asaltados sus dos orificios y temblando, me informó que se iba a caer. Organizando la escena, tumbé a Loung en el suelo, puse a Sovann a cuatro patas con el coño en la boca de su sumisa empleada y colocándome detrás, le informé que le iba a dar por culo:

—¡A qué esperas! ¡Mi amor!— chilló descompuesta.

En ese momento, no caí que me había llamado “amor” y no “querido” como solía hacer porque estaba ocupado en darle placer. Seguro del calor que nublaba su mente, le abrí los cachetes y colocando mi glande en su esfínter, la penetré.

Mi cuñada gritó de dolor al verse empalada de un modo tan brutal y entonces ocurrió algo no previsto, Loung saliendo de su entrepierna, se dio la vuelta y cogiendo la cabeza de su princesa entre sus manos, las dos mujeres se fundieron en un sensual beso, tras lo cual y mientras la consolaba, oí que le decía:

—Deje que su futuro marido disfrute poseyéndola, después le juro que yo me ocuparé de su adolorido culito.

Sus palabras incrementaron la pasión de la princesa y desbordada por el cariño que esa niña le demostraba, le rogó que le dejara comerle el coño mientras yo seguía machacando su intestino con mi pene. Loung con rubor se

colocó frente a ella y separando las piernas, le dejó ver su pubis.

—¡Qué bello es!— exclamó mi cuñada al contemplar el sexo depilado de la cría y sin poderse reprimir, probó por vez primera su sabor.

Sé que le debió de gustar porque pegando un grito, me rogó que la follara más despacio para que ella pudiera comerse ese manjar con tranquilidad. Rebajando el ritmo con el que le rompía el ojeté, disfruté viendo las uñas de la princesa separando los pliegues de la chica antes de con la lengua saboreara el adolescente clítoris.

Tampoco Loung le hizo ascos porque su jefa no llevaba ni un minuto devorando su coño cuando berreando como una posea, se corrió. Sovann sorprendida por la profundidad de su orgasmo, intentó secar el torrente en el que se había convertido la cueva de su paisana pero cuanto más intentaba absorber el delicioso flujo, más placer ocasionaba a su amante que completamente desbordada no dejaba de gritar de placer. La visión de esas dos mujeres disfrutando, colmó mi paciencia e imprimiendo nuevamente velocidad a mis caderas, reinicié con más fuerza el asalto al culo de mi cuñada.

—¡Así!, ¡Sigue! ¡Más fuerte!— reclamó descompuesta la muy guarra al sentir mi extensión acuchillando su interior

Decidido a liberar la presión de mis huevos, mis incursiones se volvieron tan profundas que temí que mi adorada prometida se desgarrara por dentro pero esa mujer que nunca dejaba de sorprenderme, en vez de quejarse, ordenó a su nueva amante que me ayudara.

—¿Qué quiere que haga?— preguntó indecisa la muchacha.

—Nuestro hombre necesita más ritmo, márcale el compás con azotes en mi culo.

Loung dudó en obedecer, para ella esa mujer iba a ser su reina y no se veía capaz de golpearla aunque fuera ella quien se lo pidiera, por lo que tuve que intervenir, diciendo en voz en grito:

—¡Hazlo! ¡Obedece a tu dueña!

Temblando, le soltó una nalgada y al escuchar el gemido de placer que brotó de la garganta de su princesa, con más confianza y más fuerza le dio el segundo. No satisfecha, Sovann le exigió que continuara. La muchacha pidiendo perdón por anticipado se dedicó en cuerpo y alma a satisfacer los deseos de mi cuñada. Tengo que aclarar que no solo lo cumplió su cometido

fielmente sino que extralimitándose le soltó una serie de mandobles que me dolieron hasta mí.

Con sus cachetes rojos y con su esfínter ocupado, la futura soberana se corrió sobre la alfombra. Al dejarse caer, mi pene se incrustó aún más hondo y con la base de mi miembro rozando su ojete, me uní a ella en un gigantesco orgasmo.

—Dios— grité al sentir que mi verga explotaba regando su intestino y completamente exhausto, me tumbé a su lado.

Nuestra nueva amante con una sonrisa en sus labios, nos ayudó a levantarnos y cogiéndonos de la mano, nos llevó hasta el cuarto. Una vez allí, con un cariño casi religioso, nos tumbó en la cama y en silencio se retiró sin decir nada. Tanto Sovann como yo nos quedamos extrañados de su actitud pero como estábamos cansados, nos abrazamos y pensando que la noche había terminado, nos pusimos a hablar de lo sucedido.

—¿Te ha gustado?, princesa— pregunté mientras la acariciaba tiernamente.

—Sí, mi amor— respondió con la voz todavía entrecortada —Tengo el culo amoratado pero tengo que reconocer que he disfrutado como una perra. Te parecerá duro lo que te voy a decir y no me alegro de que mi marido esté muerto, pero desde que te conocí me has revelado aspectos míos que no conocía.

Al escucharla, me quedé pensando en ello y tras meditarlo, comprendí que a mí me ocurría lo mismo. Mi querida cuñada me había hecho olvidar el dolor por la muerte de mi hermano y mis futuros años quería pasarlos con ella y con Loung. Por primera vez, estaba colado y era de ellas dos, por eso y cuidando mis palabras, le pregunté:

—¿Y cómo acoplaremos a esa zorrilla en nuestra vida?

Soltando una carcajada, Sovann me besó antes de contestar:

—Entre nuestras piernas, ¿dónde va a ser?

Aunque no nos habíamos dado cuenta, Loung había vuelto portando una bandeja con la cena y al escuchar que la incluíamos en nuestros planes, la dejó sobre la mesa y alegremente, preguntó:

—¿Mis dos dueños quieren ya cenar? O ¿prefieren que esta zorrilla les canse un poco más?

Haciendo un hueco entre nosotros, la llamé diciendo:

—Ven aquí que mi futura esposa no ha oído tus berridos cuando te tomo.

—Con su permiso, Alteza— sonriendo, contestó y pegando un salto, se encaramó sobre mí.

Sovann, muerta de risa por la desfachatez de la cría, la besó y susurrándole al oído, le informó que tenía la intención de devolverle todos los golpes que le había propinado. Soltando una carcajada, Loung se giró y dijo:

—Princesa, con gusto, recibiré su escarmiento y de esa forma, su prometido sabrá que a partir de hoy tiene dos putas en la cama dispuestas a complacerle...

Al día siguiente unas risas provenientes del baño me despertaron y todavía medio dormido, me levanté a comprobar que era lo que pasaba. Me espabilé de golpe al cruzar la puerta ya que no me esperaba encontrarme a Sovann sentada en el váter y con su pubis lleno de espuma mientras su secretaria cuchilla en mano se lo afeitaba.

-¿Y esto?- pregunté riendo al contemplar la escena.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Loun contestó:

-A la princesa le encantó mi coñito sin pelo y me pidió que la ayudara porque quería llevarlo igual.

Reconozco que sus palabras azuzaron mi lado más lascivo y tomando asiento a su lado, me quedé observando la forma con la que la maquinilla iba talando el escueto bosque que hasta entonces decoraba el sexo de la viuda de mi hermano. Mi interés no le pasó desapercibido y sin darse apenas cuenta, Sovann se empezó a calentar al sentir los dedos expertos de su secretaria trasteando en su entrepierna.

Un breve gemido que salió de su garganta me hizo levantar mi mirada para descubrir que afectada por esos toqueteos, se estaba mordiendo los labios en un intento de contener la calentura que estaba sintiendo.

-La guarrilla de tu princesa se está poniendo cachonda- informé a la muchacha.

Roja como un tomate, Loun contestó:

-No es la única.

Su confesión me agradó porque cuanto mejor se llevaran esas dos y más unidas estuvieran, mejor me iría y más placer me regalarían. Por eso y queriendo afianzar esos sentimientos, comencé a acariciarlas mientras cada vez era más evidente que la joven estaba aprovechando para masturbar a su jefa.

-Dios, ¡me encanta!- susurró la princesa al sentir los dedos de su ayudante mimaban su botón del placer.

La excitación de ambas se incrementó exponencialmente cuando, una de mis manos se apoderó de los pechos de la princesa mientras que con la otra magreaba sin recato las nalgas de su secretaria.

-No seas malo. ¡Puedo cortarla!- musitó en voz baja la chavala al notar que una de mis yemas se abría paso en su hasta entonces virgen ojete.

El morbo de saber que nadie había hoyado ese agujero me impulsó a jugar con él mientras su dueña terminaba de afeitarse a Sovann.

-¡Por favor!- sollozó la oriental al experimentar esa intrusión.

Su sollozo lejos de hacerme recapacitar, avivó el fuego de mi lujuria y sabiendo que no se iba a negar, ordené a Loung que limpiara con la lengua el chocho de su princesa mientras le introducía una segunda yema en su entrada trasera.

Sovann no puso impedimento alguno a que su secretaria empezara a lamer su sexo y colaborando con ella, separó sus piernas para que le resultara más fácil. Con los nervios a flor de piel pero ya dispuesta, Loung tomó posesión de su sexo concentrando todos sus esfuerzos en el clítoris que se escondía entre sus reales pliegues.

El efecto de esas húmedas caricias fue inmediato y retorciéndose sobre la tapa del váter, la viuda de mi hermano se corrió salvajemente. Sorprendida pero igualmente encantada por la violencia de ese orgasmo, su recién estrenada amante se fue bebiendo el flujo que brotaba del coño mientras su trasero era forzado por mis dedos. La insistencia de la joven prolongó el placer de mi cuñada, la cual con las hormonas de una hembra en celo cambió de postura y tirándose al frío suelo, buscó con la boca el coño de su ayudante mientras esta seguía lamiendo intensamente su sexo.

Esa maniobra que tantas veces había visto en las películas pero que nunca había practicado, fue el banderazo de salida a una loca carrera de ambas por encontrar el placer mutuo mientras yo ponía mi granito de arena separando las nalgas de la oriental.

-No me hagas daño- susurró al sentir que la cabeza de mi pene se posaba en su entrada trasera.

Estaba a punto de desflorar ese virginal trasero cuando comprendí que esa maravilla merecía una atención especial y que en mitad del baño, no podía ni debía hacerlo por eso cambiando de objetivo de un certero empujón se lo metí hasta el fondo de su cueva.

El chillido de placer de la secretaria fue tan brutal que durante unos instantes la princesa se quedó quieta pero al comprender que no era de dolor, mordisqueó el clítoris de la muchacha mientras mi verga machacaba el

interior con fiereza.

-¡Me corro!- aulló descompuesta nuestra víctima al sentir ese doble estímulo y mientras su cuerpo era sacudido por el gozo, hundió nuevamente su boca entre las piernas de su jefa.

El sabor agridulce de su flujo exacerbó a la princesa que al comprobar que recibía la muchacha recibía con alborozo los embates del de su prometido decidió que era hora de completar su instrucción y levantándose, cogió las duras nalgas de la cría y abriéndolas me soltó:

-Amor mío, esta zorrita necesita que le rompas el culito.

Dudé un instante si obedecer pero al comprobar la facilidad con la que los dedos de Sovann invadían el ojete de su ayudante mientras esta, envuelta en sensaciones nuevas, no paraba de gemir de gusto me hizo cambiar de opinión y asumiendo que estaba dispuesta, saqué mi instrumento de su sexo y colocándolo en el immaculado esfínter, lentamente fue horadándolo.

-¡Me duele!-aulló estremecida por el dolor.

El sufrimiento de la joven provocó que otra carcajada de su jefa la cual entregada a la lujuria reclamó que terminara de metérselo y soltando un fuerte azote sobre mi propio trasero, me obligó a romperle el culo diciendo:

-¡Haz que esta puta disfrute!

Azuzado por la nalgada, la cabalgué salvajemente. Mis embestidas alcanzaron un ritmo infernal que derribó todas las defensas de la oriental y su dolor se transformó en placer mientras lloraba por su virginidad perdida. Ante mis ojos, todo su cuerpo convulsionó al experimentar que se derretía siendo usada de esa manera por mí y totalmente a mi merced, gritó que no parara.

Al escuchar su pedido, la cogí del pelo y usándolo como riendas, me lancé en un galope desenfrenado que me hizo alcanzar nuevas cotas de excitación mientras mi cuñada se dedicaba a morder los pechos de la pobre chavala.

-¡Soy feliz siendo vuestra puta!- chilló descompuesta al interiorizar que su entrega era absoluta y que jamás había sentido tanto placer como el que la estábamos brindando en ese instante.

Al escuchar ese chillido, Sovann soltó una carcajada y acercando su boca a la boca de Loung, la mordió los labios mientras la decía:

-No solo eres nuestra puta, eres nuestra mujer y yo la vuestra.

Que ambas aceptaran de buen grado esa relación a tres bandas me alegró y viendo que no paraban de besarse, busqué mi propio placer acelerando mis incursiones sobre su culo. No tardé en explotar y Loung al sentir mi simiente relleno el interior de sus intestinos, se vió sacudida por un nuevo y brutal orgasmo que la dejó paralizada hasta que agotada, se dejó caer sobre la suelo y sollozando volvió a confirmar que era nuestra y que no le importaba que su honor quedara en entredicho al ser nuestra amante.

-No entiendo- respondí al ver sus lágrimas.

Interviniendo Sovann me comentó que según las estrictas normas de la sociedad de su país, de conocerse que se había entregado a nosotros, cualquier miembro de su familia podía exigir que un juez reparara el daño lo que conllevaría no solo el ser desheredada sino que llevándolo al extremo, podía ser víctima de un asesinato por honor.

Hasta ese momento no había conocido que sobre ella caería la vergüenza de ser una paria y que su familia renegaría de ella por ser la amante de la princesa y de su futuro marido.

-¡Qué salvajes! ¡Eso es medieval! – exclamé poniendo a mi cerebro a trabajar a mil por hora.

Loung temiendo que la separara de nuestro lado, se arrodilló a mis pies implorando que no lo hiciera por que prefería una vida corta pero intensa con nosotros dos que languidecer lejos de nuestros brazos.

-Tengo una solución- respondí llevándola hasta la cama y mientras la princesa intentaba consolarla, cogí el teléfono.

-¿Qué vas a hacer? –preguntó mi cuñada.

-¿Recuerdas a Sergio, mi socio?- dije a la muchacha que no paraba de llorar.

Enjuagándose las lágrimas, contestó que sí y fue entonces cuando descojonado la solté:

-Me debe muchos favores y no podrá objeción.

-¿Objeción a qué?- insistió Sovann.

-Aunque nunca lo hemos hablado, sé que es homosexual y como no le interesa que se sepa, jamás saldrá del armario públicamente... le voy a pedir que se case contigo- repliqué mirando a la aterrorizada muchacha- y aunque legalmente seas su esposa, la realidad es que serás la nuestra.

-No va a aceptar- sollozó mientras en sus ojos se podía vislumbrar un

hálito de esperanza.

-¡Lo conozco y sé que lo hará!- repliqué mientras marcaba su número.

Los tres timbrazos que tardó en contestar se me hicieron eternos pero me sirvieron para acomodar mis ideas y saber que decir.

-Buenos días- escuché que me saludaba desde el otro lado de la línea.

Midiendo mis palabras, le conté brevemente el tipo de relación que me unía con las dos samoyanas mientras ellas permanecían calladas y expectantes sobre la cama.

-¿Te estás tirando a las dos?- preguntó muerto de risa.

-Así es- reconocí- y eso es un problema.

Creyendo que le llamaba para fantasear, no pudo reprimir una carcajada mientras me decía:

-Sí, ¡que te van a dejar seco!

No tomé en cuenta su burrada y conociendo el modo de pensar de mi amigo, le expliqué el negro panorama que se le avecinaba a la chavala si alguien llegaba a sospechar que era nuestra concubina. Su tono perdió la guasa cuando contestó escandalizado que era increíble que eso pasara en pleno siglo xxi.

-Por su bien tienes que terminar con ella- insistió.

-Lo intenté pero ella no quiere y amenaza con suicidarse si la dejamos- respondí en plan melodramático.

Sin saber que le iba a pedir su ayuda, me preguntó:

-¿Qué vas a hacer?

-El problema es de los dos – respondí -porque si esto sale a la luz, su padre que actualmente es un poderoso aliado se pondría en contra de la princesa y podríamos perder este negocio.

Sergio, que no es tonto, comprendió que se me había ocurrido una solución que no le iba a gustar y con la mosca tras de la oreja, replicó:

-¿En qué has pensado?

Lanzándome al precipicio, contesté descubriendo su secreto:

-Aunque jamás me lo has reconocido, sé que eres homosexual y sabiendo que nunca se te ha pasado por la cabeza hacerlo público, necesito que te cases con ella princesa y en contraprestación, te regalo el primer millón que ganemos haciendo negocios con los samoyanos.

Mi amigo se quedó callado al escuchar mi petición. Tras unos segundos de indecisión y apenas repuesto de la impresión, me espetó:

-¡Eres un hijo de puta! Si lo sabías, ¿por qué nunca me lo habías comentado?

Extrañado que fuera eso lo que le molestaba y no el favor que le estaba pidiendo, respondí:

-Porque me daba igual. Te quiero como a un hermano y a la familia no se la juzga- y defendiéndome como gato panza arriba, exclamé: -¡esperaba que fueras tu quien me lo dijera!

Durante un minuto se mantuvo en silencio digiriendo el contenido de nuestra conversación, tras lo cual mirándome a los ojos contestó:

-No sabes lo que he sufrido durante estos años al no saber si me rechazarías, por eso comprendo perfectamente lo que debe estar soportando esa cría con la situación en la que la has puesto. ¡Deberías haberlo pensado antes de meterte entre sus piernas!

-Lo sé.

-¡Qué cojones vas a saber! ¡No tienes ni puta idea de lo que se siente al tener que esconderte!

Acojonado por el cabreo de mi amigo y temiendo que no me ayudara, pregunté si nos iba a ayudar:

-A ella, no a ti. Eres un cerdo egoísta que solo piensa en su bragueta. ¡Por supuesto que me casaré con ella! Y si algún día tiene la desgracia de quedarse embarazada por ti, reconoceré a su hijo como hijo mío y no podrás negarte.

-Te lo agradezco- respondí escuetamente al no querer entrar en el tema de la paternidad.

Cambiando de tono, Sergio me dijo:

-El millón me lo quedo y tú pagarás la boda porque al final de cuenta eres tú el causante y máximo beneficiario de esto.

No pude más que aceptar sus condiciones. Despidiéndome de él, me dirigí a las dos orientales que permanecían atentas por el resultado de mi llamada y luciendo una sonrisa de oreja a oreja, comenté:

-Volvamos a la cama a celebrar que nuestra pequeña se casa.

Para mi sorpresa, Loung me contestó que no estaba contenta con esa

solución y que aunque la aceptaba, pensaría en otra que la satisficiera más...

Tal y como estaba previsto durante dos semanas se programaron distintas visitas a toda aquella empresa con intereses en Samoya. Si bien en un principio todos se mostraron interesados en congraciarse con la princesa, no fue hasta que comenzaron a circular rumores sobre la mala salud del rey cuando se empezaron a acumular en nuestra puerta, ejecutivos urgidos de cerrar un trato.

De esa forma antes que terminara el mes, la empresa que compartía con Sergio ya había firmado acuerdos de colaboración por cerca de setenta millones de euros, de los cuales me correspondían diecisiete y a mi futura esposa otros treinta y cinco.

Sovann no participaba en esa labor porque su cometido era otro, usar las redes sociales para afianzar su candidatura a suceder al anciano monarca. Como solo podían ser elegidos los descendientes directos de un rey, su único contrincante real era un primo, el cual no contaba con el favor del pueblo por su carácter autoritario y su vida disoluta. De esa forma, era raro el día en que mi prometida no daba un discurso abanderando reformas o mandaba vía twitter un mensaje a sus paisanos, pidiéndoles que mantuvieran la esperanza porque se avecinaban tiempos mejores.

La certeza que su candidatura era la más fuerte nos llegó de dos maneras diferentes: La primera cuando el propio presidente, el general Kim, aprovechando que se iba a reunir con su homólogo francés anunció por el canal de noticias de Samoya que a ese encuentro iba a asistir la princesa sin antes tener la decencia de avisárselo a ella primero. Y la segunda pero no por ello menos importante cuando el propio gobierno español incrementó notablemente el servicio de seguridad que había colocado en nuestra casa.

Tres días antes de la cita en París, estábamos todavía en la cama cuando mi socio me llamó para informarme que acababa de escuchar en la televisión que la salud del rey había empeorado. Al comentárselo a la princesa, lo primero que hizo Sovann fue habiendo confirmado la noticia el mandar un mensaje de ánimo al jodido anciano para acto seguido pedir vía Facebook a todos sus seguidores que rezaran por su tío y para terminar llamar al presidente para comprometerle su apoyo en esos momentos tan difíciles.

En cambio el imbécil de su primo que permanecía en el país, creyó

llegado el momento de forzar sus aspiraciones al trono y exigió que se reuniera el consejo de familia para que le nombraran heredero directamente sin tomar en cuenta al general.

Su imprudencia dio como resultado que los poderes fácticos se pusieran en su contra y que en una reunión secreta, los militares decidieran un acercamiento con la otra candidata a través de mí.

Por eso cuando esa tarde, recibí una llamada del embajador en España pidiendo que le fuera a ver yo solo, Sovann frotándose las manos decidió que debía acudir:

-Me van a nombrar heredera pero antes quieren un acuerdo de inmunidad para ellos- me dijo y mientras yo me marchaba a ver al diplomático con Loun como interprete, ella se dedicó a contactar con los notables que se habían decantado a su favor para que se abstuvieran de criticar al general Kim.

Al llegar a la embajada, el propio embajador me recibió en la escalinata y comprendí que todo pintaba para que al salir de esa reunión se hiciera oficial el nombramiento de mi prometida como heredera. Si os preguntáis porqué la respuesta es sencilla, la samoyana me informó que el diplomático había usado una reverencia solo destinada a los miembros de la familia real.

«¡Voy a ser rey!», pensé tan acojonado como ilusionado.

Los hechos posteriores reafirmaron mi sospecha porque tras la protocolaria bienvenida y entrando al trazo ese sujeto plantó frente a mí un documento en el que mi futura esposa se comprometía a no actuar contra los actuales gobernantes ni contra sus familias mientras que por la otra parte, Kim y sus secuaces prometían que esa misma noche designarían a Sovann como la heredera al trono de Samoya.

Aleccionado por mi prometida leí el acuerdo y ante el pasmo del diplomático le comuniqué la intención de la princesa de contar con él para su futuro gobierno.

-Será un honor servir a la reina- contestó el funcionario sin esperarse que no dándole tiempo a pensar, le exigiera que redactara dos cláusulas y las añadiera al pacto. La primera era que inmediatamente se permitiría la entrada de Sovann en el país y la segunda que el gobierno saliente organizara en una semana nuestra boda, dándole categoría de boda real.

-No sé si el general aceptará estas sugerencias- dijo todavía sin

reponerse.

Viendo que seguía sin tener claro hacia qué lado inclinarse, respondí:

-La princesa ha creído conveniente que le dijera que si no puede conseguir algo tan nimio quizás no le sirva como futuro ministro de exteriores.

-Deme unos minutos- fue su respuesta mientras me dejaba solo en su despacho.

No tuve duda que ese capullo se había visto tentado por el puesto y por eso cuando al cuarto de hora volvió sonriendo, supe que habíamos ganado.

-El general Kim me ha pedido que le felicite de antemano por su boda y que esta tendrá lugar el próximo jueves en el templo real de la capital.

-Muchas gracias, querido ministro. La princesa sabrá agradecer su empeño en facilitar su ascensión al trono- contesté mientras me despedía del burócrata con el documento bajo el brazo.

No habíamos llegado a mi casa y seguíamos en el coche cuando Loun recibió una llamada de su padre con la noticia del exilio del otro candidato y la confirmación de mi boda con Sovann.

-El general Kim acaba de informarlo al país – comentó la muchacha tras colgar y mientras nuestros escoltas ponían la sirena, dijo susurrando en mi oído: -¡Esta noche me poseerán los futuros reyes de Samoya!

Desgraciadamente sus deseos tuvieron que esperar porque al reunirnos con la princesa el ajetreo de mi antiguo hogar era total al conocer que su primo no había aceptado pacíficamente su destierro y que sus partidarios se habían levantado en armas.

-Debo hablar al país-fue lo primero que la oriental me dijo al verme entrar:- y te quiero a mi lado. Necesito que te vayas a vestir al modo tradicional para que nuestros súbditos nos vean como la única esperanza de mantener la paz.

Las noticias no eran halagüeñas porque nos llegaban informes de enfrentamientos en varias ciudades. Por eso y con la ayuda de su secretaria, corrí a cumplir su orden. Era tan urgente que saliera a los medios que ni siquiera Loun hizo intento alguno de aprovechar mi desnudez para obtener mis caricias y en menos de diez minutos, me vi poniendo la mano sobre el hombro de mi prometida mientras las televisiones de medio mundo emitían su discurso.

-Mis queridos samoyanos, las circunstancias han querido que en este momento tan delicado que pasa nuestro país me encuentre lejos de vosotros pero ello no es motivo para que aceptando mi responsabilidad me ponga del lado del Rey y os pida a todos vosotros que luchéis contra el tirano que quiere hacerse cargo del trono, usurpando el poder real.

Tomando aire, dio por terminada la alocución diciendo:

-El gobierno ha puesto a mi disposición un avión para que al terminar este acto, mi prometido el príncipe Manuel, al que conocéis por las obras de su hermano, y yo volemos directamente al país para de ser necesario empuñar un fusil para defender nuestra patria. ¡Viva el Rey! ¡Viva Samoya!

He de confesar que se erizó hasta el último vello de mi cuerpo al oír esa promesa y saber que nada podía evitar que pusiera mi vida en peligro siguiéndola a esa lejana tierra. Por ello cuando un periodista español me preguntó qué opinaba, brevemente contesté:

-Samoya nos necesita y al igual que mi hermano no dudo en sacrificar su vida por ese pueblo, su viuda y yo estamos obligados a hacer lo mismo.

Loun comenzó a aplaudir y su gesto fue coreado por todos los presentes, de forma que el mundo entero conoció en ese instante que había una princesa oriental que no dudaba en dejar su acomodada existencia en Europa para acudir al lado de sus paisanos.

Satisfecha por el fervor de sus partidarios, Sovann pidió que la enfocaran nuevamente y con un plano fijo de su rostro, pidió a su primo que depusiera las armas o que se atuviera a las consecuencias.

-El Rey es justo pero implacable... si cuando haya puesto mis pies en nuestro país el príncipe Khalan no acepta su destitución desde este momento le aviso que no moveré un dedo por salvarle de la ira de nuestro soberano.

No tuve que ser un genio para comprender que lo que acababa de anunciar esa belleza era que si su enemigo no se rendía, su destino era la muerte y por ello por primera vez dudé si realmente conocía a la mujer con la que había unido mi destino.

Con la opinión pública decantada a su favor, los gobiernos europeos tomaron partido por ella y cuando todavía no se habían marchado las televisiones de la casa, los teléfonos empezaron a sonar con ofertas de colaboración de distintos países para reimplantar la paz en la zona.

Sovann agradeció sus llamadas y las dio publicidad mientras

tomábamos un coche hacia el aeropuerto donde nos esperaba un avión cedido por el propio gobierno español para llevarnos hasta Samoya.

-¿Crees que tu primo cederá a la presión?- pregunté preocupado.

Con el ceño fruncido, mi prometida contestó.

-Depende de China. Si no recibe un apoyo claro de sus autoridades en las próximas horas, no le quedará más que huir por que su levantamiento quedará sentenciado.

Loun sin querer azuzó mis temores al decir:

-Se decía que era el hombre de paja de Pekín.

-Lo sé- Sovann respondió – pero ha cometido un error de principiante, en vez pedir su ayuda y que fueran ellos quienes protestaran, ha buscado dar un golpe de estado y les ha dejado con el culo al aire. No pueden aparecer ante la prensa mundial como los partidarios de un golpista.

A continuación esa oriental me demostró que tenía madera de gobernante porque pidiendo a su secretaria que le buscara el teléfono de la representación de ese país, llamó y ya que el embajador no podía ponerse, pidió hablar con un responsable al cual, sin demostrar haberse dado cuenta del desprecio, comunicó sus intenciones de visitar la República Popular China como primer acto de su gobierno.

-Les haré saber su petición a mis superiores- contestó el secretario sin comprometerse en nada.

Nada más colgar, pregunté el motivo de esa llamada. Soltando una carcajada, mi prometida contestó:

-He dejado claro mi deseo de negociar y si como creo Xi Jinping está cabreado con ese idiota, comprenderá mi gesto y lo valorará en su justa medida.

Sin nada más que hacer que esperar, nos subimos en el avión y mientras yo me ponía a curiosear en el interior de ese aparato que había llevado desde tiempos de Felipe Gonzalez a los distintos presidentes que ha tenido España en sus viajes, Sovann y Loun dedicaron su tiempo a lanzar por las redes proclamas de apoyo al actual rey.

«¿Quién me iba a decir que dormiría en la misma cama que Aznar o que Zapatero?», pensé mientras probaba la comodidad de ese colchón, tumbándome en él.

Tres horas después cuando el avión ya surcaba oriente medio, estaba

meditando sobre mi futuro con mi cabeza apoyada en la almohada cuando vi entrar a la princesa con su secretaria a la habitación. La tristeza de sus rostros me alarmó pero entonces Sovann me dijo:

-Amor mío, ¡nos acaba de llegar la invitación del gobierno chino!

Esas eran buenas noticias por lo que no entendía que no estuvieran contentas. Por ello pregunté preocupado que pasaba. Llena de dolor, mi adorada oriental me comunicó que los rumores decían que su primo había accedido a palacio y que después de matar al anciano rey, se había suicidado.

-¿Pero entonces eres la reina?

-Todavía no, lo seré el instante después de haberme casado contigo.

-Entonces ¿porque estás triste? ¡Deberías estar celebrándolo!

-No puedo, el rey ha muerto.

Asumiendo que nunca entendería a los monárquicos, la llamé a mi lado, diciendo:

-Ven a que te consuele.

Por muy grabado que en su mente tuviese la lealtad al trono, pudo más su lado lascivo. Al comprender mis intenciones, se desnudó y maullando como una gatita vino hacía mí mientras a un escaso metro, nuestra fiel concubina dejaba caer los tirantes de su vestido.

-Cuídame mi rey.

-Lo haré, mi reina y tantas veces como me pidas- respondí mientras mordía sus labios.

En vez de contestar, la princesa llamó a su secretaria y las dos al unísono se arrodillaron frente a mí para acto seguido y sin darme posibilidad de opinar, bajarme la bragueta. Mi pene reaccionó al instante y por eso cuando mi prometida lo sacó de su encierro, éste apareció ya totalmente erecto.

Al verlo Sovann comentó:

-Mañana puede que no tengamos tiempo de amarnos.

Y acercando su boca, usó su lengua para darme un lametazo. Busqué con la mirada a Loun y en sus ojos descubrí que la pequeña oriental estaba excitada. La calentura que sintió al ver mi miembro en la boca de su dueña la hizo poner uno de sus pechos en mis labios, mientras apoyando a la princesa se lamentaba de lo difícil que lo tendría para que nadie se enterara que la

secretaría de la reina era en realidad su puta.

Sin contestar, mi lengua recorrió el inicio del pezón que puso a mi disposición y al hacerlo, pegó un gemido mientras su areola se retraía claramente excitada. Sovann al verlo, incrementó su mamada embutiéndose mi falo hasta el fondo de su garganta. Pero entonces, Loun pidió participar y la futura soberana a desgana se sacó mi verga de su boca y se quejó diciendo:

-No tienes que preguntar, putita nuestra. ¿O acaso no te lo hemos demostrado con creces?

Loun riendo en voz baja para que el resto del pasaje no se enterara, contestó:

-Es que mi reina tiene el derecho a ser la primera en ser follada.

La carcajada de Sovann evidenció que le gustaba el descaro de la muchacha.

-Doy suficiente para satisfacer a las dos- repliqué mientras las atraía hacia mí y alternando de una a otra, me puse a mamar de sus pechos.

El saber que ninguna se opondría, me hizo avanzar en mis caricias y presionando su calentura, les pedí que se acostaran junto a mí. Fue entonces cuando escuché que Loun me decía:

-Mi rey necesita relajarse.

Descubrí que mi prometida y esa monada ya lo debían haber hablado y por eso cuando entre las dos me terminaron de quitar el pantalón, supe que debía de quedarme quieto cuando me pidieron que me agarrara a los barrote de la cama.

Sovann fue la que tomó la iniciativa y deslizándose por mi cuerpo, hizo que su lengua fuera dejando un húmedo rastro al ir recorriendo mi cuello y mi pecho rumbo a su meta. Cuando su boca llegó a mi ombligo, sonriendo me miró.

-Cómele las tetas a nuestra niña.

La aludida puso sus pechos en mi boca y la princesa al ver que en había cumplido su deseo, sonrió mientras con sus manos comenzaba a acariciar mi entrepierna.

-¿Te gusta lo putas que somos?- preguntó mi futura esposa al observar el modo en que mis dientes se hacían fuerte en los pezones de la muchacha.

-Mucho- respondí casi sin habla porque para entonces mi prometida se

había agachado entre mis piernas. No tardé en experimentar la humedad de su boca alrededor de mi pene y dando un suave gemido las hice saber mi entrega.

Esa fue la señal que esperaba la joven esposa para unirse a su soberana y compartiendo mi pene, besó mi glande mientras Sovann se apoderaba de mis huevos. Su coordinado ataque me terminó de excitar y chillando les grité que se tocaran entre ellas.

Curiosamente fue Loun la que tomó la iniciativa y mientras seguía lamiendo mi polla, llevó una de sus manos hasta el trasero de la princesa. Ésta se agitó nerviosa al sentir la mano de esa mujer recorriendo su culo y tras un momento de indecisión, permitió a su secretaria que usando los dedos recorriera los pliegues de su coño.

Las dos mujeres compitieron entre sí a ver cuál era la que conseguía llevar a la otra al orgasmo mientras se coordinaban para entre las dos apoderarse de mi falo con sus bocas. Fue entonces cuando me percaté que sin buscarlo las orientales se estaban besando a través de mi miembro al comprobar que los labios de ambas se tocaban mientras sus lenguas jugaban sobre mi piel.

La visión de esa escena y el convencimiento que me iban a regalar muchas y nuevas experiencias, aceleraron mi excitación y por ello, las pregunté cuál de las dos iba a beberse mi semen. Ellas al escucharlo buscaron con un extraño frenesí ser cada una de ellas la receptora de mi placer.

Os confieso que era tal el maremágnum caricias que no pude distinguir quien era la dueña de la lengua que me acariciaba, ni la que con sus dientes mordisqueaba la cabeza de mi pene hasta que ejerciendo su autoridad Sovann se apoderó de mi pene para ser ella primera en disfrutar de mi simiente.

-¡Yo también quiero!- protestó su secretaria.

Compadeciéndose de ella, mi prometida permitió que ambas esperaran con la boca abierta mi explosión. De manera que al eyacular fueron dos lenguas las que disfrutaron de su sabor y ansiosas fueron cuatro las manos que asieron mi extensión para ordeñar mi miembro.

La lujuria de ambas era tan enorme que no dejaron de exprimir mi pene y de repartirse su cosecha como buenas amigas. Jamás me imaginé que habiendo devorado mi semen última gota, la princesa me preguntara cuando iba a ir al médico.

-No te entiendo- respondí- estoy totalmente sano.

Muerta de risa, señaló tanto su vientre como el de la morenita y contestó:

-Debes revertir la vasectomía para embarazarnos.

-¿A las dos?- pregunté extrañado que incluyera a Loun en eso.

-Claro mi amor, mi hijo necesitará un primer ministro cuando reine y quién mejor que su hermano.

Al oír esa promesa, su secretaria la besó. Comprendí por la pasión que demostraron y el modo en que entrelazaron sus piernas que entre ellas habían creado unos lazos muy parecidos al amor y aunque dudé si permanecer al margen, quise que me explicara cómo sería posible que legalmente y a la vista de todos, un posible bastardo fuera considerado miembro de la familia real.

Soltando una carcajada, la princesa respondió:

-A nuestra zorrita no le apetecía ser la esposa de tu socio y se puso a estudiar nuestras leyes dinásticas.

-Explícate- insistí.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me informó que la muchacha había descubierto que en el pasado el consejo de ancianos viendo que había pocos miembros con derecho a ser elegidos rey habían dispuesto que, para asegurar el futuro de la monarquía, la reina debía elegir a otra mujer para que su marido la inseminara, nombrándola con el eufemístico nombre de “Protectora del reino”.

Loun, viendo mi cara de sorpresa, sonrió:

-Tras la muerte del príncipe Khalan no hay más herederos directos y si movemos bien los hilos, podemos hacer que sus seguidores fuercen al consejo a sacar del olvido esa antigua ley.

-Eres tan puta y manipuladora como tu dueña- repliqué mientras pellizcaba los negros pezones de la muchacha.

La oriental no pudo más que gritar de placer al experimentar esas rudas caricias sobre sus tetas y demostrando las ganas que la consumían, con su mano comenzó a recorrer el cuerpo de su futura reina.

-¡Qué gozada!- gimió Sovann al notar que la chavala iniciaba el descenso hacia su vulva.

Loun, al ver que separaba sus rodillas para facilitar sus maniobras, no se hizo de rogar y separando con los dedos los labios inferiores de su soberana, acercó la lengua a su botón de placer. Ella al sentir su respiración cerca de su sexo, sollozó de placer y por eso cuando notó el primer dedo dentro de su vagina, pegó un grito y le rogó que no parara.

-¡Pídamelo! ¡Demuestre que también desea sentir que es mi putita! – respondió la mujer al tiempo que usaba sus yemas para torturar el botón erecto de Sovann.

-¡Fólladme los dos!- rugió Sovann ya completamente excitada.

Loun respondió a su petición hundiendo la cara entre sus muslos para saborear el fruto de su coño. La humedad inicial con la que se encontró se transformó en un torrente que empapó la cara la chavala y eso la azuzó a recrearse lamiendo y mordiendo ese clítoris.

Desde mi posición, el trasero de la morena quedó a mi disposición y sin pensármelo dos veces, cogí mi miembro entre mis manos y la ensarté metiendo en su interior toda mi extensión.

Esa postura me permitió usar a Loun mientras ella seguía devorando con mayor celeridad el chocho de Sovann, la cual lejos de mosquearse me sonrió al ver como la empalaba soñando quizás que fuera suya la vagina en la que mi pene desaparecía para volver a aparecer una y otra vez.

Al verla así ensartada y sentir su boca comiendo de su coño, no pudo reprimir un chillido y llevando las manos hasta las tetas de la muchacha, le pegó un pellizco mientras le decía al oído:

-Tienes razón, soy tan puta como tú.

Al oírlo, Loun bajó la mano a su propia entrepierna y empezó a masturbarse al tiempo que respondía:

-Lo sé, mi reina- mientras totalmente excitada por ese doble estímulo me pedía que acelerara el ritmo de mis penetraciones.

Al obedecerla e incrementar el compás de mis caderas, gimió pidiendo que no parara para acto seguido desplomarse presa de un gigantesco orgasmo. Sovann al comprobar que esa mujer había obtenido su parte de placer y mientras todo su cuerpo se retorció como poseído por un espíritu, me obligó a sacársela y actuando como posesa, sustituyó mi polla por su boca.

Loun al notar el cambio, unió un orgasmo con el siguiente mientras Sovann me pedía que me la follara sin parar de zamparse el coño de su

amiga. Demasiado excitado por la escena, la agarré de los hombros y de un solo empujón acuchillé su vagina. No llevaba ni medio minuto zambullido en la princesa cuando mi pene estalló sembrándola con mi blanca e inocua simiente.

-¡Todavía yo no he llegado!- protestó al comprobar que me había corrido y buscando obtener su placer antes que mi pene hubiese perdido su erección, me obligó a tumbarme y saltando sobre mí, se empaló totalmente insatisfecha.

Menos mal que su secretaria acudió en mi ayuda y mientras con los dedos la masturbaba, se puso a mamar de sus pechos hasta que pegando un aullido obtuvo su dosis de placer.

Agotada cayó sobre mí y con sus últimas fuerzas, muerta de risa me dijo:

-No te hemos dicho pero me han informado que mañana antes de la boda el general me obligará a aceptar la presencia de una “protectora del reino” sin saber qué es lo que el cerdo de mi prometido y yo deseamos. ¿Verdad putita?

-Así es, mi querida y deseada princesa....

La llegada a la capital de Samoya fue en olor de multitudes. Como única aspirante al trono, el pueblo se lanzó a las calles reconociéndola como su reina y el gobierno no pudo más que aceptarlo como un hecho consumado, organizando su entrada triunfal al país como si de la coronación se tratase.

Obviando su antigua enemistad, el general Kim nos recibió en las escaleras del avión y dando muestra de una hipocresía sin igual, se arrodilló al ver que Sovann salía por la puerta.

-Lo difícil que le debe resultar a ese malnacido postrarse ante mí - susurró en mi oído mi cuñada mientras bajábamos.

Una vez en suelo samoyano, Sovann alargó su mano para que el militar se la besara y a este le quedó más remedio que demostrar su lealtad haciendo una genuflexión y acercándosela a los labios mientras le decía:

-Mi reina.

-Presidente Kim.

Lo que nadie me había avisado era del papel que ese día me reservaba y menos que en ese preciso instante, el tipo se arrodillara también a mis pies, diciendo:

-Príncipe Manuel, es un honor recibirlo en su nueva patria. Quiero que sepa que todos vemos en usted al creador de una nueva estirpe de reyes.

Mi cuñada y futura esposa no hizo caso a ese velado insulto ya que al ensalzar mi figura la estaba minusvalorando en cierta forma. Es más saltándose el protocolo, cogió al militar del brazo y junto a él entró en la primera limusina, dejando la segunda para que yo fuera con la única compañía de Loung.

-¿Crees que es prudente que vaya con ese cerdo?- pregunté a la secretaria.

-Su prometida lo ha querido así para poder negociar con él sin ningún intermediario.

La multitud que nos encontramos camino a palacio tenía tantas ganas de aclamar a Sovann que un trayecto de treinta minutos se convirtió en dos horas. Dos horas en las que tuve que permanecer de pie saludando y besando a cuanto mocosos me llevaron.

Sinceramente he de decir que llegué agotado y por eso tardé en reconocer la expresión de disgusto en la cara de mi cuñada.

-¿Qué ha pasado?- quise saber anticipando problemas.

-He conseguido que me ceda el poder pero he tenido que ceder en una minucia.

Supe por su rostro cenizo que ese cabrón se la ha jugado y que contra su voluntad, le había sacado algo importante y no una insignificancia.

-¿De qué se trata?- insistí al ver que Sovann era reacia a informar.

Muerta de vergüenza, contestó:

-Sé que tanto tú como Loung os vais a enfadar pero no he tenido más remedio que transigir si quería que Kim accediera a exiliarse sin crear problemas.

Al verla tan desolada, creí que estaba cancelando nuestra boda y no queriendo profundizar su dolor, decidí facilitar las cosas diciendo:

-Si tienes que casarte con otro, hazlo y cuando seas reina ya veremos cómo solucionarlo.

-No es eso- respondió- el consejo de ancianos se ha reunido y tras muchas discusiones han llegado a un consenso que satisface a las dos partes en litigio...

-Se clara y dime que han decidido- exigí cansado de tanto circunloquio.

Con el corazón en un puño, respondió:

-Ha accedido a nombrar a Loung protectora del reino pero para tranquilizar a los militares quieren también deberás hacerte cargo de Kanya Anand.

-¿Me estás diciendo que seremos cuatro? ¿Tú, yo y dos protectoras? sí es así me puedes explicar en primer lugar ¿quién es esa? Y en segundo, porque dices que tengo que hacerme cargo, no somos tú y yo.

Incapaz de mantenerme la mirada, contestó:

-Mi país es profundamente machista y aunque vayas a ser el rey consorte, consideran que el bienestar de las dos será una responsabilidad exclusivamente tuya.

-No me has contestado, ¿quién es esa muchacha? ¿Una noble?

Tuvo que ser Loung, acabada de llegar, la que con un enorme cabreo me lo aclarara:

-¡Qué va! Es la hija del general y según dicen, su ojito derecho.

-¡Me niego! No pienso meter en mi cama a alguien relacionado con ese malnacido- contesté porque no en vano sospechaba que ese militar había tenido mucho que ver con la muerte de mi hermano.

Al ver que me cerraba en banda e intentando hacer que recapacitara, su viuda me soltó:

-Amor, no nos queda otra que aceptar o nunca accederé al trono- siendo un argumento de peso cuando realmente me convenció fue al decir: - y piensa que siempre podrías hacerle la vida imposible.

-De acuerdo, ¡ese hijo de perra no sabe dónde manda a su retoño!- exclamé mientras entraba en Palacio.

Aunque siempre me había considerado un hombre tranquilo, os he de decir que en ese momento me podían las ganas de venganza y por ello no mostré mi disgusto cuando el general me abrazó cerrando con ello el acuerdo sino todo lo contrario, luciendo mi mejor sonrisa, contesté:

-Estoy encantado con la idea de compartir con Kanya mi vida y así garantizar el futuro de Samoya.

La rapidez con la que había claudicado debería haber puesto en alerta al militar pero el capullo demostrando nuevamente su ausencia de humanidad así como sus faltas de escrúpulos, contestó:

-Príncipe, no tiene que disimular conmigo. Solo espero que haga honor a su palabra y la embarace. Mi hija sabe lo que le espera y no se hace ilusiones de hallar en usted un marido.

-Si tan claro lo tiene porque la obliga a unirse a un hombre cuya única obligación es preñarla- conteniendo mi odio repliqué.

Fue entonces cuando Kim se quitó la careta y siendo sincero me soltó:

-Kanya es consciente que dando un heredero a Samoya con ello garantiza mi vida. Ni siquiera la reina se atrevería a pedir la cabeza del abuelo de un miembro de la familia real.

«Menudo cabronazo, no le tiembla el pulso de sacrificar a su propio retoño si con ello consigues salvar su culo», medité indignado.

A punto de explotar, preferí separarme de él e ir al encuentro de Loung. Mi intención no era otra más que saber cómo había digerido esa noticia ya que era la más perjudicada con ese trato.

-¿Cómo estás?- pregunté.

La morenita respondió:

-¡Engañada! Me había hecho ilusiones al conocer que gracias a esa vieja norma dinástica se me permitiría ser tuya sin tener que compartir tus caricias con nadie que no fuera la reina y ahora sé que incluso en la que sería mi noche, voy a tener que aceptar la presencia de esa mojigata.

El modo con el que habló de su rival me hizo comprender que la conocía y por ello directamente pedí que me dijera lo que sabía de ella.

-Te será difícil tener una conversación con ella. Apenas habla y cuando no está estudiando, se la pasa rezando en algún templo.

-¿Tan religiosa es?- pregunté porque no me cuadraba que el general la hubiese educado así.

-Iba para monja. Se decía que quería entrar en un monasterio.

«¡Mierda! ¡Es una santurrona!», pensé comprender que dadas su personalidad y sus creencias suficiente castigo era tener que entregarse físicamente a un hombre, puesto que en el budismo se exigía la virginidad a las mujeres que quisiesen entrar a formar parte de la casta sacerdotal.

Tratando de aclarar mis ideas sobre ese asunto, comenté la humillación que para ella sería lo que su viejo había acordado para ella.

-Imagínate- Loung contestó: - aunque sea legal y aceptado por la sociedad, seremos solo tus concubinas... yo al menos tendré el consuelo de amarte pero Kanya no. Para ella será una tragedia personal.

Que Loung y esa desconocida sufrieran las consecuencias de ese trato mientras el general salía impune de sus fechorías me terminó de cabrear y sabiéndome una marioneta del destino, quise que me explicara cuando tendría lugar no solo la coronación de Sovann sino también el nombramiento de ellas como protectoras del reino y mi boda.

Luciendo una vanidad que no había lucido con anterioridad, respondió:

-El nombramiento ya ha sido. ¡Estás frente a una protectora del reino! Formalmente solo falta que nos tomes tras la cena de esta noche para que sea oficial. La boda y la coronación será en un mismo acto tal y como estaba previsto el jueves en el templo real.

-¿Me estás diciendo que ni siquiera le van a dar tiempo a conocerme antes de meterla en mi cama?

Muerta de risa y en plan malvado, replicó:

-Ni falta que hace, técnicamente es un vientre al que tienes que inseminar ¡por el bien de Samoya!

No me había repuesto todavía de la noticia de la existencia de una segunda protectora y que la afortunada era la hija del general cuando Sovann llegó ante mí y me pidió que entráramos al Palacio. Os juro que aunque había oído hablar del lujo oriental, nunca me había imaginado la magnificencia de las diferentes salas por las que cruce del brazo de la futura reina.

La profusa decoración sus paredes y la calidad de sus alfombras eran tan apabullantes que temí verme víctima del síndrome que aquejó al escritor Stendhal cuando visitó Florencia.

-Es alucinante- susurré al oído a mi prometida mientras con mi corazón palpitando a mil por hora admiraba su belleza.

Sovann, henchida de orgullo, contestó:

-Es el legado de mis ancestros que debo de mantener y dejar a nuestros hijos.

Esa fue la primera vez ocasión en que mi prometida se erigió ante mi como depositaria de su herencia pero no la única porque antes de retirarnos a nuestras habitaciones, me llevó a rendir homenaje al difunto rey.

Confieso que hasta que no vi con mis propios ojos el dolor de esa mujer al postrarse ante el cadáver del monarca, no comprendí el alcance de sus creencias porque olvidando que ese sujeto la había dejado viuda y mandado al exilio, se arrodilló y comenzó a llorar.

Más de media hora, permaneció sollozando en el suelo mientras sus súbditos cuchicheaban satisfechos por la lealtad que la heredera de Samoya le mostraba al muerto. Al levantarse, le recriminé que llorara por él pero entonces dándose la vuelta, me contestó:

-No lloro por él sino por nosotros. A partir de este momento, tú y yo somos esclavos de Samoya. Nuestros deseos y afectos quedan subordinados al bien del reino.

Al escuchar su sentencia, comprendí que tenía razón y para mi sorpresa me vi hincando la rodilla ante el rey y sollocé por la libertad que había perdido.

«¡Me debo a un país que no conozco y que detesto!», lamenté mi suerte mientras a mi lado Sovann sonreía amargamente.

Al salir de allí, me informó que debía ocuparse de asuntos urgentes y durante el resto de la tarde permanecí completamente solo con la única compañía de un viejo cascarrabias al cual mi futura esposa había encargado que me enseñara el idioma del que sería mi país. Aunque algo había aprendido en el tiempo que llevaba viviendo con Sovann y Loung, reconozco que me costaba seguirle por las numerosas afecciones y vocales que tenía el samoyano.

«Dudo que algún día me pueda desenvolver en él», murmuraba para mí mientras el tal Sunna se desesperaba al comprobar que no sabía ni las cosas básicas.

-A ver si te enteras, todo me suena igual- en un momento le dije al no poder diferenciar los cuatro tipos de pronunciaciones de la letra A.

-El pueblo no entenderá que su rey no sea capaz de dirigirse a ellos- respondió mientras volvía otra vez a darme la matraca.

Matraca que se volvió casi una tortura para ambos durante las dos horas que permanecí bajo la tutela del anciano. Por eso me reí cuando desesperado le dijo a Sovann antes de irse que quizás en veinte años podría expresarme como un niño.

-No te rías, Sunna tiene razón debes hacer un esfuerzo por aprenderlo.

Atrayéndola hacía mí la besé pero entonces rehuyendo mis caricias, me pidió que me vistiera porque tenía que asistir a una sesión de fotos para los carteles conmemorativos de nuestra boda.

-Menudo coñazo es esto de ser rey- suspiré al saber que por mucho que insistiera no daría su brazo a torcer.

-No lo sabes tú bien- riendo contestó- porque después vendrá el besamanos protocolario antes de la firma del decreto que el consejo ha redactado.

-¿Te refieres al tema de Loung?

-Sí.

Al preguntar en qué consistiría, me comentó:

-Es un documento importante que exige cierto formulismo. Firmarás tu consentimiento ante los ancianos, ante los padres y ante mí en mi calidad de heredera al reino.

-Me imagino que ellas estarán presentes.

Demostrando nuevamente lo poco que sabía de su cultura, la princesa contestó:

-Creo que no has entendido la naturaleza de esta medida. Como en Samoya está prohibida la poligamia, mis antepasados se inventaron una ficción jurídica donde las protectoras pierden sus derechos y se convierten en cosas.

-Me he perdido- reconocí.

-Si carecen de entidad jurídica, cuando las tomes bajo tu amparo no cometerás adulterio porque ya no serán personas.

-De esa forma tan siniestra evitan la poligamia- asentí.

-Así es. A efectos legales, Loung y Kanya ya no existen, podrías matarlas y no ocurriría nada: sería como si destruyeras una roca o cortaras una hoja.

Alucinando todavía por lo rebuscado del método, tuve que aguantar que una pléyade de sastres entrara en la habitación y sobre la marcha me ajustara el traje que llevaría en esa ceremonia mientras no dejaba de pensar en el sacrificio que esas dos hacían al ser investidas con ese dudoso honor.

Tal y como me había anticipado, ya vestido, me llevaron al salón del trono y una vez allí me hicieron posar en mil posturas diferentes, muchas de ellas ridículas, hasta que el fotógrafo real quedó satisfecho.

«Todavía no soy rey consorte y ya estoy hasta los huevos», pensé al sentirme un pelele en manos de la corte.

Y como muestra, un botón. En cierto momento me entraron ganas de ir al baño. Al decirme dónde estaba el servicio, no solo tuve que soportar que cinco de esos cortesanos me acompañaran sino que al llegar frente al urinario, me topé con una empleada que poniéndose un guante, sacó mi pene y luciendo una sonrisa, esperó a que hiciese mis necesidades sin dejar que el chorro salpicara fuera de el mismo.

«No quiero ni pensar si me entran ganas de cagar», murmuré para mí al ver que no contenta con ello, sacaba una gasa y eliminaba una gota rebelde antes de volver a meterlo dentro del pantalón.

Al salir totalmente colorado se me informó que mi prometida esperaba en un salón contiguo para atestiguar con su presencia la firma del documento. Sintiendo que estaba fuera de lugar, deseé que todo fuera un sueño y que eso no me estuviera ocurriendo a mí pero por desgracia era real.

Los primeros en firmar fueron los padres y mientras el de Loung se le veía afectado, el capullo del general estaba en la gloria porque sabía que con ello se libraba de cualquier represalia por parte de la reina.

Tras estampar mi firma me permití una pequeña venganza al acercarme a los progenitores y olvidándome del militar, informé al otro que no se preocupara por su hija porque a mí lado sería feliz.

-Se lo agradezco, alteza- musitó casi llorando el pobre tipo.

Una vez los miembros del consejo hubieron lubricado el escrito, era el turno de mi prometida y ésta demostrando que era digna de ese cargo, hizo un discurso optimista claramente dirigido al pueblo donde les prometía no solo democracia sino lo más importante esperanza.

El aplauso además de atronador fue unánime y lo que más me sorprendió fue ver que pasando de lo que opinara su jefe, hasta los soldados se unieron a él con entusiasmo.

«Tienen ganas de cambio y Sovann puede dárselo», sentencié al percatarme del cambio que se había producido en la mujer. Una vez se sabía reina, la ambiciosa y mezquina que solo pensaba en ella había desaparecido dejando emerger a la monarca.

Tras esa ceremonia, vino la cena y ahí fue la primera vez que estuve en la misma habitación que Kanya porque no se puede decir que la viera.

«Esto raya lo absurdo», me dije al comprobar que tanto ella como Loung llevaban el rostro totalmente cubierto y las habían relegado a la mesa más alejada de la principal.

«Para esta gente no son nada», comprendí con dolor mientras los ancianos con los que compartía mantel daban muestra de alegría porque con su ocurrencia sentían que habían salvado la monarquía.

Para colmo ese convite se alargó durante horas, horas en las que tuve que brindar mil veces por mí y soportar los comentarios picantes de los presentes. Y es que olvidando que Sovann estaba en la mesa, no se cortaron al sacarme los colores con alusiones a la noche que me esperaba. Lo más curioso fue escuchar a mi prometida siguiéndoles la corriente e incluso bromeando ella misma con el tema.

«Que alguien que les entienda, me lo explique», concluí fuera de lugar.

Pero lo que juro que nunca esperé fue que en el brindis final la princesa provocara las risas del respetable al pedirme en público que descargara todas

las energías posibles con las protectoras del reino para que así al llegar la noche de nuestra boda fuera cariñosa con ella.

Aguanté estoicamente las carcajadas de los cortesanos pensando que ese era el papel que se esperaba del consorte pero entonces el anciano consejero que Sovann había sentado a mi derecha me susurró:

-Debe contestarla ofendido porque ha menospreciado su hombría. Olvídese que es la princesa, respóndala como su futuro marido.

Haciendo caso al vejete, cogí mi copa y repliqué:

-Querida, siento contradecirte. Por mucho que las haga gritar de placer en unas horas, no será nada en comparación a los berridos que darás cuando te haga mía- y mirando a los congregados en el salón, les prometí que nadie de ellos podría dormir la noche de mi boda porque los aullidos de la reina retumbarían en toda Samoya.

-Espero que hagas honor a tu palabra porque lo mejor para nuestra patria es tener contenta a su monarca- contestó la aludida provocando con su respuesta las risas de toda la corte.

Con el estruendo y el buen humor de los presentes, se me informó que había llegado el momento de dejarles porque tenía que cumplir con mis deberes. No sabiendo qué hacer, miré a mi prometida y ella con un gesto me deseó buena suerte...

Confieso que al salir del banquete estaba nervioso porque no tenía ni idea de cómo debía comportarme con la hija del general. Si me acordaba de su padre y de lo que había hecho a mi hermano, lo que me pedía el cuerpo era poseerla en plan salvaje haciendo palpable mi desprecio pero si me ponía en su lugar, ella no era cómplice sino víctima de la ambición desmedida de su progenitor.

«Ya veré cómo es y dependiendo de ello, actuaré», concluí mientras descubría que tanto Loung como Kanya seguían sentadas en su sitio sin hacer ningún intento por seguirme, «¡qué extraño! Debe ser cuestión de protocolo».

Al llegar a mi habitación, me despojé de esas ropas y haciendo tiempo me puse el pantalón de pijama. Unos cinco minutos después, escuché que tocaban.

-Está abierto- respondí.

Mi desconcierto fue total cuando las dos mujeres entraron acompañadas por el consejo de ancianos en pleno al cuarto.

«¿No esperaran que las tome enfrente de todos?», me pregunté escandalizado.

Por suerte el más viejo de todos ellos, tomando la palabras, me hizo entrega de las protectoras recordándome que mi deber era preñarlas para asegurar la existencia de la monarquía tal y como la concebían en ese país. Tras lo cual, haciendo una genuflexión desaparecieron por la puerta.

Ya solo con ellas y viendo que permanecían quietas y calladas, me dediqué a observarlas intentando distinguir cual era cada una porque al estar tapadas por completo me parecían iguales. Supe que la de la derecha era Kanya al verla temblar de miedo e interesado por comprobar con quien me habían unido, lentamente levanté su velo.

-Esto sí que no me lo esperaba- murmuré encantado al descubrir el rostro angelical de una joven cuyos ojos negros me miraban asustados.

Impactado por su belleza me la quedé viendo durante unos instantes en silencio y girándome hacía Loung, le solté un suave azote diciendo:

-No vas a besar a tu dueño.

Pegando un chillido de felicidad, Loung se quitó ella misma el velo que

le cubría mientras se lanzaba en mis brazos. Sus risas magnificaron el pavor de Kanya que estaba perpleja al no comprender la complicidad que existía entre su compañera y yo.

-Te amo, mi príncipe- riendo, reaccionó la muchacha al sentir mis manos recorriendo su cuerpo y sin que yo se lo tuviera que pedir, se comenzó a quitar la grotesca vestimenta que le habían puesto para esa ceremonia.

-Mira que eres puta, no ves que tenemos invitados- comenté al ver la cara de estupefacción de Kanya ante ese voluntario striptease.

La chavala creyó que lo que implícitamente le estaba pidiendo es que imitara a Loung y por ello empezó a desnudarse. El pudor y nerviosismo de Kanya hicieron que sus movimientos se ralentizaran dando un erotismo sin igual a su entrega.

Disfrutando perversamente, dejé que se quedara en ropa interior antes de pedirle que parara. La pobre estaba tan amedrentada que no dejó de temblar al verme admirando su cuerpo casi desnudo.

«Está mucho mejor de lo que pensaba», me dije valorando el estupendo culo con los que la naturaleza la había dotado.

-¿No nos vas a presentar?- pedí a la que consideraba mi mujer.

Loung, muerta de risa, se puso detrás de la aterrorizada muchacha y excediéndose en su papel de anfitriona, cogió entre sus manos los pechos de Kanya mientras me decía:

-Manuel, te presento a tu zorra Kanya. Zorra te presento a tu dueño.

Con lágrimas en los ojos, la muchacha hizo una reverencia antes de contestar con un breve saludo:

-Alteza.

Contra todo pronóstico me enterneció el pavor que traslucía y acercando una silla le pedí que se sentara. Una vez lo había hecho, tomé asiento sobre la cama y le dije:

-Cómo habrás adivinado Loung lleva siendo mía mucho tiempo y para ella esto es un mero trámite. En cambio, para ti es diferente.

-Lo es, príncipe- contestó sollozando.

-Según me han contado, tu padre te ha obligado a aceptar y ni la princesa ni yo queremos en nuestra cama a nadie que no venga voluntariamente. Como no puedo repudiarte, te ofrezco que te quedes con

nosotros viviendo como invitada.

-No entiendo que tiene que ver la princesa en todo esto- dijo la mujer sin creerse todavía que no la violara.

Entrando al trazo, Loung comentó:

-Lo que Manuel no te ha querido decir es que además de ser su mujer, lo soy también de ella y entre los tres formamos una familia.

Para una mente tan cuadrículada y religiosa como la de Kanya, esa opción le pareció asquerosa pero más aún el desobedecer el mandato del consejo.

-¡Usted tiene la obligación de hacerme suya!- protestó fuera de sí.

-¿Me lo estas exigiendo?- a carcajada limpia pregunté.

-Sí, soy una de las protectoras del reino y ese es su deber.

Muerto de risa, me tumbé en la cama y mirándola a los ojos, la solté:

-Termina de desnudarte y hazlo lento, quiero comprobar la mercancía.

Humillada hasta la última célula de su cuerpo, me hizo caso y llevando sus manos a la espalda, desabrochó el sujetador dejándolo caer al suelo.

-Para ser una mojigata, tienes buenos pitones- comenté sin demasiado entusiasmo aunque en mi interior me quedaba prendado de la belleza de sus negros pezones.

Kanya, reteniendo las ganas de llorar, se quitó las bragas y ya completamente desnuda, tuvo valor para preguntarme si estaba contento con la mercancía. El odio que destilaba su mirada me hizo reír y dando unas palmadas sobre el colchón, la llamé a mi lado.

Como un reo dirigiéndose al patíbulo, recorrió los escasos metros que nos separaban, tras lo cual se tumbó sobre las sábanas con los ojos cerrados. Me consta que se esperaba que me abalanzase sobre ella pero en vez de hacerlo, decidí humillarla aún más pidiéndole que se masturbara ante su dueño.

-No sé hacerlo- fue su contestación.

Su pasado monjil me hizo saber que no mentía pero no por ello me compadecí y dirigiéndome a Loung que me miraba muerta de risa, le pedí que la ayudara.

Antes que pudiera hacer algo por evitarlo, la morena se colocó a sus pies y separando los pliegues de su sexo, la informó mientras se apoderaba de

su clítoris:

-Tienes que tocarte este botón así mientras te acaricias los pechos.

Sobrepasándose más de lo necesario, la regaló un largo lametazo entre sus piernas. Eso provocó un grito de angustia en Kanya. Incapaz de reaccionar, durante unos segundos tuvo que soportar la húmeda invasión de la lengua de Loung en su sexo y creo que eso fue perdición porque cuando se retiró el daño ya estaba hecho.

«Esta niña no tiene nada de frígida», sentenció al observar que tras ese tratamiento tenía los pezones erizados y la piel de gallina.

Su compañera debió de pensar lo mismo porque sin dejarla descansar, la obligó a llevar una mano a su entrepierna y repetir las caricias que le había enseñado.

-Déjame, puedo yo sola- Kanya se quejó con tono inseguro al sentir nuevamente las yemas de ella jugando en su coño.

-Todas podemos pero no es eso lo que ando buscando- Loung replicó mientras mojaba los dedos en su humedad. Tras lo cual acercando su mano a mi boca, en plan putón comentó: -¿quieres probar como sabe tu nueva putilla? Está riquísima.

Con un nudo en la garganta, la novata observó con interés como chupaba los dedos empapados con su flujo porque para ella todo era escandaloso pero, contra su voluntad, no pudo evitar sonreír al oírme decir que tenía razón y que estaba deliciosa.

-¿Quieres un poco más?- me preguntó.

-Sí pero prefiero el envase original- respondí colocándome entre las piernas de la muchacha.

Kanya intentó protestar pero Loung se lo impidió con un leve mordisco en los labios, tras lo cual le susurró al oído:

-Es tu deber, no puedes negarte a tu dueño.

Al recordarle su función, como por arte de magia la desesperada muchacha dejó de debatirse y separando las piernas, me dio vía libre.

-Buena chica- escuchó que su compañera le decía e instintivamente se relajó.

Su relax le duró poco porque bastante más cachondo de lo que mi cara reflejaba, la exigí que me acercara su coño. Interiormente horrorizada pero

sabiendo que no podía negarse, obedeció poniendo su sexo a escasos centímetros de mi boca. Al comprobar que lo llevaba exquisitamente depilado y que eso lo hacía más atrayente, saqué mi lengua y le pegué un lametazo mientras Kanya se mordía los labios para no gritar. Su sabor me enloqueció pero asumiendo que no estaba lista porque antes tenía que derribar sus defensas, separé mi cara y con voz autoritaria, la ordené que volviera a masturbarse.

Por su gesto comprendí que esa zorrita no entendía que no la poseyera de inmediato y que me divertiera jugando con su sentido de la moralidad. Es más reconozco que me esperaba una queja pero entonces se sentó frente a mí y mirándome a los ojos, dejó que su mano se fuera deslizándose hasta que uno de sus dedos encontró el botón que emergía entre sus labios vaginales y mientras lo acariciaba, preguntó:

—Si le obedezco, ¿va a permitir que cumpla con mi deber?

—Ya veré— respondí descojonado por la forma tan rebuscada de pedir que me la follara.

Mis palabras la intranquilizaron aún más y con sus mejillas totalmente coloradas por la vergüenza, deslizó lentamente un dedo por su intimidad. No supe interpretar el sollozo que surgió de su garganta porque en un principio pensé que era producto de la humillación que sentía pero no me quedó más remedio que cambiar de opinión, al observar que, tras ese estremecimiento, todos los vellos de su cuerpo se erizaban lo cual era síntoma de placer.

—Déjate llevar — susurré- cuanto antes sientas placer, antes te poseeré.

En silencio, mi nueva concubina dibujó los contornos de su sexo con sus dedos mientras pensaba en su recompensa y por primera vez, la pérdida de su virginidad no le pareció tan repugnante pero al percatarse de la sonrisa que lucía mi rostro mientras la miraba, protestó:

-Por favor, no me mire.

Interviniendo Loung le replicó:

-Lo quieras reconocer o no, ¡estás excitada!

-¡No es cierto!- chilló llena de angustia al saber que eso iba en contra de su antigua elección por una vida religiosa.

Mi adorada morena comprendió que su negativa era una reacción defensiva. Por eso decidió dar otro paso para conseguir que su compañera se entregara a mí y sin pedirle opinión, comenzó a chupar sus pechos. Kanya ni

siquiera trató de impedirlo porque bastante tenía con asumir que tenía los pezones duros como piedras y que le estaba gustando la sensación que mamaran de ellos aunque fuera una mujer quien lo hiciera. Aprovechando su confusión, con tono duro le exigí que se metiera un par de dedos en el coño.

Al obedecer, la inexperta mujercita notó que el placer invadía su cuerpo y gimiendo de gusto, empezó a meterlos y sacarlos cada vez más rápido de manera voluntaria hasta alcanzar una velocidad frenética.

—¡No sé qué me ocurre!— aulló al tiempo que sus caderas se movían buscando profundizar el contacto con sus yemas.

No quise explicárselo porque que tenía que descubrirlo ella sola y muerto de risa, me mantuve a la espera mientras Kanya se frotaba con urgencia creciente el clítoris. En cambio, Loung se compadeció de ella y cambiando de posición, se apoderó de su botón con su boca. De inmediato, la novata se corrió llenando de flujo la cara de su compañera, la cual lejos de quejarse se entretuvo bebiendo ese cálido néctar directamente de su fuente con lo que incrementó aún más la confusión de la muchacha.

-Por favor, ¡déjame!- gritó presa de un frenesí hasta entonces desconocido.

En vez de obedecerla, Loung pasó por alto esa exigencia y siguió firme en su intención de asolar hasta la última de las defensas que esa mujer había construido a su alrededor, usando únicamente su lengua. No contenta con ello, se dedicó a pellizcar sus pezones mientras continuaba devorando su sexo.

La mujer al sentir esos pellizcos, se puso a llorar mientras informaba a su cruel agresora que no podía más y que la dejara descansar. Sonreí al oír su tono desolado porque era una señal de lo cerca que estaba su rendición y haciendo caso omiso a sus ruegos, colaboré con Loung mordisqueando uno de sus pechos mientras con mis dedos invadía su sexo.

Nuestro ataque coordinado fue el empujón que le faltaba para que su cuerpo empezara a convulsionar sobre las sábanas presa de un segundo orgasmo aún mayor que el primero. Convencido que de ello iba a depender que esa mujer se rindiera a mí, exigí a mi concubina que intensificara la acción de su lengua y bebiendo de la lujuria que rezumaba del sexo de Kanya, prolongó ese inesperado pero placentero clímax mientras su víctima se retorció incapaz de absorber tanto placer.

-¡No es posible!- sollozó al comprender por fin lo que le ocurría y

presionando con sus manos la cabeza de Loung contra su sexo, gritó:- por favor, ¡no pares! Lo necesito.

Durante largo rato, ni mi amada oriental ni yo soltamos a nuestra presa. La cual yendo de un orgasmo a otro sin descansar, se deshizo de todos sus tabúes y disfrutando por fin, cayó rendida a nuestros pies diciendo:

-No quiero ser una invitada, ¡quiero formar parte de la familia!

Fue entonces cuando decidí formalizar su sumisión y pasando mi mano por su trasero, le di un azote mientras le ordenaba darse la vuelta. Incapaz de desobedecerme se puso a cuatro patas sin saber que era lo que quería hacerle. Sin pedirle permiso, separé sus nalgas y me encantó descubrir su esfínter rosado pero sabiendo que no era el momento de usarlo, me olvidé momentáneamente de él y sacando mi pene del pantalón del pijama, lentamente la fui empalando hasta toparme con su himen.

-¿Estás segura que esto es lo que quieres?- pregunté presionándolo sin romperlo.

Echándose violentamente hacia tras, la novata firmó su entrega y casi sin dolor, chilló como posea al sentir mi glande chocando contra la pared de su vagina que la amara. Obedeciendo me apoderé de sus senos y usándolos como ancla, me afiancé con ellos antes de comenzar un suave trote con nuestros cuerpos mientras la decía:

-Para ser una víctima te mueves como una puta.

La aludida recibió con indignación mis palabras e intentó zafarse pero entonces agarrándola de la cintura, lo evité y de un solo golpe, le clavé mi extensión hasta el fondo. Kanyaa no pudo evitar que un gemido surgiera de su garganta cuando se dio cuenta de lo mucho que le gustaba que mi glande chocara una y otra vez contra la pared de su vagina:

La novata viendo que era incapaz de dejar de gemir, hundió su cara en la almohada para evitar que escucháramos sus gemidos mientras comenzaba a mover sus caderas buscando su propio placer. Dominado por el morbo de la situación, le solté un duro azote en su trasero mientras a mi lado Loung no paraba de reírse de ella. Al comprobar que esa oriental no se quejaba, descargué una serie de nalgadas sobre ella sabiendo que no podía evitarlo. Curiosamente esas rudas caricias la excitaron aún más y ante mi atónita mirada, se corrió brutalmente.

Decidido a vencer por goleada, me dediqué cien por cien a ella,

cabalgando su cuerpo mientras mis manos seguían una y otra vez castigando sus nalgas. Para entonces Kanya se había convertido en un incendio y uniendo un clímax con el siguiente, convulsionó sobre esas sábanas mientras gritaba como una energúmena que no parara.

-¿Te gusta que te traten duro? ¿Verdad puta?- pregunté a mi montura.

-¡Sí!- sollozó y dominada por el placer, no puso reparos a que cogiendo su melena la usara como riendas mientras elevaba el ritmo con el que la montaba.

Para entonces su sexo estaba encharcado y con cada acometida de mi pene, su flujo salía disparado de su coño impregnando con su placer todo el colchón. Era tanto el caudal que brotaba de su vulva que ambos terminamos empapados antes de que mi propio orgasmo me dominara y pegando un grito, descargara toda mi simiente en su vagina. La inexperta al sentir mis descargas se volvió loca y moviendo sus caderas a una velocidad de vértigo, convirtió su coño en una batidora mientras se unía a mí corriéndose reiteradamente hasta que agotado me dejé caer sobre la cama con mi pene todavía incrustado en su interior. Allí tumbado, disfruté de los estertores de su placer sin dejar que se la sacara.

Fue entonces cuando, entre gemidos, me preguntó si era cierto que también sería la amante de la princesa.

— Pregúntale a ella- respondí señalando a Sovann que desde la puerta nos observaba.

No hizo falta que realizara esa pregunta porque llegando hasta ella, su futura reina y dueña la besó. Al experimentar por primera vez la ternura de su monarca, Kanya se puso a llorar pero en esta ocasión de felicidad.

-Hacedme un hueco- dulcemente mi prometida comentó mientras se desnudaba- porque vengo necesitada de las caricias de mi familia...

FIN
